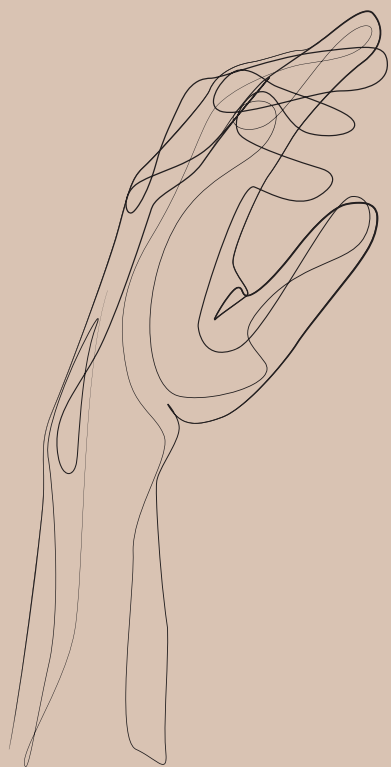


GENERACIÓN PANDEMIA



POESÍA

MICRORELATO

RELATO BREVE

GENERACIÓN
PANDEMIA

Título original: *Generación Pandemia*

Financia y promueve:



Excmo. Ayuntamiento de Santander
Plaza del Ayuntamiento s/n
39002, Santander, Cantabria, España

Edita:



Poetry Slam Santander
Pº del Comandante Fortea 59, 2ºC
28008, Madrid, España

Diseño de la cubierta y maquetación: Carolina Munz Palencia

Edición y corrección: Claudia Gutiérrez Valero

1ª edición, diciembre 2020

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual /Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

© 2020 de todas la ediciones en castellano
Poetry Slam Santander

Depósito Legal: SA 773-2020

Impreso en Santander, España

Primer premio a la categoría de relato breve

“El recodo” de Irene Zamora Martínez

Primer premio a la categoría de microrrelato

Microrrelato sin título, de Deva Escobedo González

Primer premio a la categoría de poesía

“Como sal de la tierra” de Miguel Collantes Rodríguez

Accésit 1º

“El destrozo de una lluvia soleada” de Elena Ramírez López (Poesía)

Accésit 2º

“Carta a través de una grieta” de Paula Desiré Valdor (Relato breve)

Accésit 3º

“El silencio de los cuervos” de Héctor Peña Manterola (Relato breve)

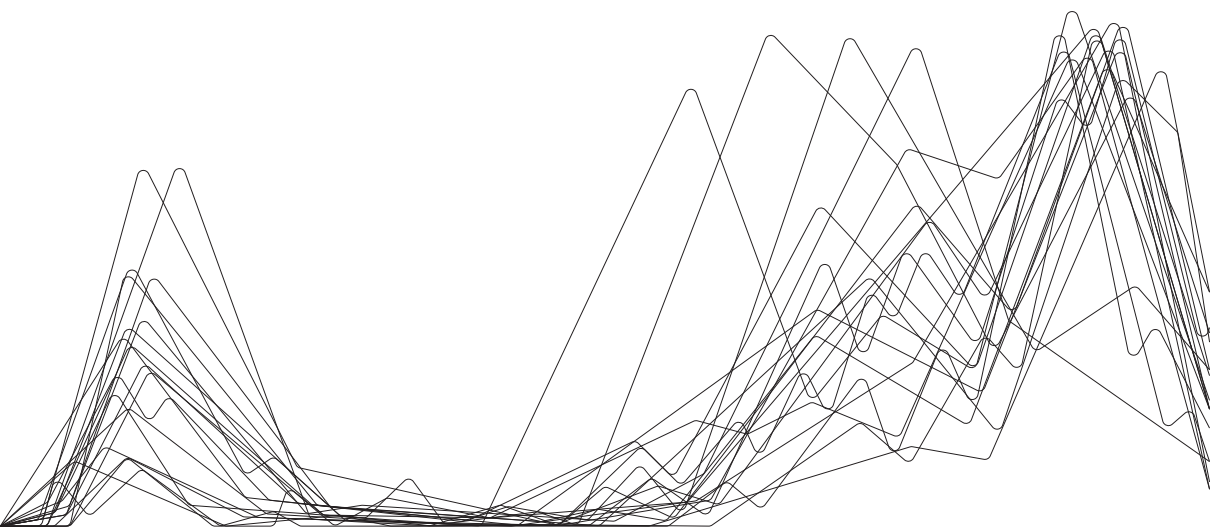
Accésit 4º

“On the rocks” de Álvaro Basanta Cadavid (Relato breve)

Accésit 5º

“Pegados al suelo” de Jone Pagalday Altuna (Microrrelato)

GENERACIÓN
PANDEMIA



RELATO BREVE

**E
L
R
E
C
O
D
O**

Irene Zamora Martínez

Para Ito, siempre al socaire

La vida cambió poco cuando Nel se sacó el carné de conducir. A la primera, como le gustaba remarcar. En el valle, todos conducían desde que eran unos críos, así que, en comparación con los de la capital, aquello fue coser y cantar.

La furgoneta, hasta los topes de pan, rodaba alegre por las sinuosas carreteras que tenía que recorrer todos los días para hacer las entregas a sus vecinos. Aquel día, la lluvia había dado una tregua en la vega, pero lo mismo daba: todos estaban recluidos en sus casas por orden de las autoridades nacionales. A Nel le gustaba su trabajo, y ahora, más que nunca, se había hecho indispensable para los habitantes de las aldeas a ambos lados de las laderas.

El perro de Fina le recibió con dos ladridos profundos y sordos, como de costumbre. Nel se bajó de la camioneta y se colocó a toda prisa la mascarilla que le había cosido su madre, mientras el animal luchaba por lamerle las manos, que sabían a harina y a sudor. Aporreó el portón de la cabaña, y Fina se asomó a la exigua balconada de madera del piso superior. Nel la saludó, sonriendo bajo la mascarilla, y se sentó junto al árbol de la entrada.

A Fina ya nadie la visitaba. Su marido había muerto hacía años, y sus hijos vivían lejos, en la capital o incluso en otro país. Ella no estaba muy segura, porque había empezado a perder la memoria poco a poco. El perro, viejo como ella, era su única compañía. Tampoco sabía a ciencia cierta cuántos años tenía, así que Nel ya no se lo preguntaba, para no ponerla nerviosa. “*Muchos*”, decía ella.

La radio se oía lejana, pero potente. Fina la tenía puesta desde que se despertaba hasta que se acostaba, pero en realidad casi nunca le prestaba atención. Frotándose las manos contra el mandil, miró hacia arriba y comprobó que las aves que solían anidar en los huecos de las vigas habían desaparecido, aprovechando que había dejado de llover. Se acodó en el balcón y silbó al perro, que dejó de lamer aquellas manos con sabor a sal y fue a tumbarse al sol, junto a la puerta.

Nel repetía aquella visita todos los días (menos los domingos, que no había reparto de pan) y no se cansaba de la compañía de Fina. Mucho no hablaban, pero compartir aquellos ratos matutinos en silencio era ya casi una tradición que ninguno

de los dos se atrevía a romper. En el pueblo no había apenas chicos de la edad de Nel, porque todos habían ido a estudiar a la capital o a Madrid, mientras que él había decidido quedarse en el valle y continuar con la panadería de la familia. A muchos de sus compañeros aquello les parecía enterrarse en un mundo rural, cerrado, del que ansiaban huir, pero a Nel no le importaba. No tenía ningún interés por estudiar ni por salir del pueblo, y la compañía de los mayores le reconfortaba. Al fin y al cabo, era lo que había vivido siempre. Su padre se encargaba del horno y él de los repartos, y así era feliz.

Fina nunca se ponía la mascarilla para recibirle, y a veces Nel la regañaba, pero sabía que no tenía nada que hacer. Por eso solía sentarse a cierta distancia de la puerta para hablar con ella y no ponerla en riesgo, aunque la anciana gozaba de una salud envidiable. Cuando llovía, también se sentaba en el poyo de la entrada, al socaire, y desde allí observaba a Fina revolotear por la cocina, oscura y llena del sonido de la radio.

Nadie sabía cuánto duraría “*aquello*”, como lo llamaban en las conversaciones del pueblo, pero lo cierto es que a Nel tampoco le preocupaba. Su rutina seguía siendo la misma, y casi agradecía que ya no hubiera turistas en el único restaurante de la aldea, porque las aglomeraciones ruidosas de gente de fuera le ponían de los nervios.

En la montaña era feliz, rodeado del eco de los campanos del ganado y de la niebla que lo cubría todo por las mañanas. Llevar mascarilla tampoco le molestaba, porque no tenía mucho que decir.

Pasada una buena hora de silencios y medias palabras, Nel se levantó, se despidió de Fina agitando la mano y le gritó “*hasta mañana*” ya de espaldas, caminando hacia la furgoneta. El perro se levantó para observar cómo se iba el panadero, y Fina metió las manos en los bolsillos de su delantal, raído por los años y la humedad del valle. Vigiló atentamente la retirada de Nel como quien ve alejarse una oportunidad perdida, y, cuando la camioneta se perdió por el recodo de la carretera, decidió que ya era hora de volver a entrar en casa.

**C
A
R
T
A

A

T
R
A
V
É
S**

**D
E

U
N
A

G
R
I
E
T
A**

Paula Desiré Valdar

Querido lector,

Me dirijo a ti personalmente, a ti. Verás, es la primera vez que escribo utilizando la segunda persona, pero narrar como un mero observador es demasiado lejano, demasiado frío. Y el frío, el frío nunca es buen remedio para nada. Lo decía mi madre, y quién soy yo para contrariarla. Perdona la osadía, pero te tutearé. Nunca me gustó la palabra “*usted*”.

No es la primera vez que escribo y concretamente, lo he intentado sin éxito varias veces en este mes de abril que estamos atravesando, que estamos tragando con dificultad. Este mes sabor a hueso de aceituna. Siendo sinceros, el resultado era una porquería. La rutina del escritor fracasado: me siento y miro, miro las mismas cuatro paredes grises que veo hasta en mis sueños, me pierdo en ellas, veo la pequeña grieta que mi escritorio disimula malamente. Ojalá no fueran grises, ojalá haberlas pintado verdes: es más bonito soñar verde que gris, y mucho mejor para buscar inspiración literaria. Si hubiera sabido que me iban a aprisionar, que se iban a cerrar contra mí, me habría esforzado en ocultar aquella grieta por la que se esfuma mi concentración, me habría esforzado en darles un color vivo, brillante, un color que se alejara de la monotonía y falta de originalidad de este gris denso y pesado.

Y así horas, mirando al techo. Escribo algo, pero lo borro. Durante unas páginas lo consigo: una historia, letras que cobran sentido, una mujer que se viste de mar, que baila, que canta. Es hermosa. Las letras, al igual que el vestido de la mujer en el mar, fluyen. Pero al poco tiempo, decido volver a leerlo. Está mal escrito, ¿a quién podría gustarle esto? No tiene argumento. Lo borro.

Y así en un segundo, en un botón, desaparece la mujer de la que a veces escribo, aquella que baila en el mar. Ya no se oyen sus cantos. En un breve toque al teclado, se ahogan: ella, sus ideas, sus penas. Más que un clic, un hachazo. Y querido lector, me da miedo haberla creado en mi cabeza y no poder plasmarla. A lo mejor ya no soy creativa. ¿Podré echarle la culpa a esto, a no salir, a respirar un aire de segunda mano: ya más que usado, ya sucio y viejo? ¿Podré culpar a las paredes?

Querido lector, necesito que me escuches. Y sí, es un grito de socorro, de impotencia. Cada día me cuesta más levantarme, salir de la cama. Como si tiraran de mí cuerdas y me arrastraran hacia aquella sábana húme-

da, empapada de sudor. Debe ser por las pesadillas, tengo muchas. A veces sueño que soy esa mujer que baila en el mar, aquel personaje al que nunca di la oportunidad de existir. Pero en mi sueño no bailo, en mi sueño el mar tira de mí hacia dentro y el cuerpo me pesa demasiado para poder nadar. Lentamente, me voy hundiendo y los pulmones se me llenan de agua salada. Pica la sal, pica la falta de aire. Más que picar, quema. ¿Es un sueño, o no hay suficiente oxígeno en mi habitación? Por mucho que abra las ventanas, el aire sigue pesando demasiado para deslizarse por los pulmones, está sucio.

No sé cómo conseguir que la sábana deje de oler a sudor. Se ha metido en las costuras, en los hilos. No hay jabón que lo quite. Pero cada día es más fuerte, y poco a poco, se adhiere a mi piel, a mi pelo (cada vez más graso), a mis cuatro paredes grises. Me ducho con mucho esfuerzo, froto y froto hasta que la piel me enrojece, y aun así no consigo que este olor desaparezca.

Y cada vez que me siento, asoman esos michelines que acaban de aparecer. Se burlan de mí, salen de mi pantalón de pijama. Puedo pellizcarlos. Puedo clavarles las uñas, aunque me las muerdo, y más ahora. Hago el deporte que puedo, pero ha dejado de gustarme. De hecho, se ha convertido en un castigo: antes me servía para dejar la mente en blanco, ahora me la llena de obligaciones. Sudo mucho más que normalmente: gotas más densas, de pura grasa, la misma que se me acumula en los recientes michelines y en el pelo, la misma que se pega a la alfombra, a las sábanas. Y, sin embargo, no la quemo. Sigue dentro de mí, lo noto. He dejado de comer patatas fritas, además de reducir la cantidad de comida. ¿Postre, qué es eso? Regla general: cualquier cosa rica es mala. Comer deja de ser un placer. Mi madre no se da cuenta de todo esto, lo cual es alarmante cuanto menos, porque, querido lector, sé que no conoces a mi madre, pero a ella nunca se le escapa nada. Ojo avizor.

Pero hay cosas mejores de las que preocuparse.

Y cuando pienso esto, trago saliva. Debería estar agradecida, porque he tenido la suerte de que tanto mis familiares como yo, estamos sanos. Agradecida. A veces intento pensar más allá de estas cuatro paredes, intento imaginarme cómo estarán otros: vecinos, amigos. Hasta del camarero pesado del bar de siempre, aquel que creía ser mujeriego, hasta de ese me acuerdo. Me pregunto si también sienten que pesan más, que son más lentos, si tampoco consiguen quitar el mal olor.

Me pregunto si estarán sufriendo el presente o temiendo al futuro. Otras veces, me imagino el centro de la ciudad, la plaza, desierta. Y en el ayuntamiento, donde solían pasar bandadas de gente acelerada, con prisa, cúmulos de coches sonoros, niños jugando al escondite ¿qué se oiría ahora, se oiría el silencio?

Querido lector, o amigo: me dirigiré a ti como amigo porque me gusta pensar que me escuchas, y si me has escuchado hasta este punto, se puede decir que hemos trabado cierto grado de amistad. Pensar que me escuchas es el único motivo por el que no borraré este texto, no lo ahogaré en el mar como a aquella mujer de aquel relato que dejé sin escribir. Querido amigo, no estoy bien. Siempre pensé que era una mujer fuerte, pero a lo mejor no lo soy. Dicen que es en la adversidad donde nace el coraje, pero el mío se ha contraído, se ha enredado en sí mismo hasta hacerse una diminuta bola y no soy capaz de encontrarlo. Cada día me gusta menos lo que veo reflejado en el espejo, cada día veo menos mujer y veo más grasa, más sudor. Cada día, soy algo menos inteligente, me pesan más las ideas y me cuesta moverlas, cada día las agujas de mi reloj avanzan más lento. Todos los días son eternos domingos. Cuesta abrir los párpados, tengo ojeras perpetuas y no se debe al sueño.

Tengo miedo.

Miedo a que no acabe, a que esto no sirva de nada. Tengo miedo porque, las cifras suenan en mi cabeza, de fondo, similar a un zumbido de una mosca gorda. No bajan. El reloj se hace de rogar y tarda cada vez más y más en marcar una hora nueva, las cuatro paredes grises menguan centímetro a centímetro y todo se hace pequeño, todo, menos las jodidas cifras. Y detrás de cada número, hay alguien que murió solo. Hay alguien, que mientras agonizaba, sabía que nadie iría a su funeral. Hay alguien que desde hacía años tenía pensado qué decir a sus hijos en sus últimas palabras, pero se las arrebataron. Estas mismas cuatro paredes que me aprisionan, que se cierran sobre mí, enterraron a otros tantos.

Trago saliva y me siento culpable por permitirme estar decayendo de esta manera. Otros lo tienen mucho peor. Soy débil. Débil. Cobarde.

Me desinflo.

Y arrastro al resto. Me hundo y siento que me llevo a los míos por delante. Eso es lo peor, ser consciente y no poder pararlo. En casa, todo son problemas. Son mejores las cuatro paredes, no salir de ahí. No salir de mi cuarto.

Me siento responsable. Tendría que estar luchando por arreglar, por ayudar. Pero he decidido meterme en la trinchera. Ya no sé qué es y qué no es mi deber, ya no sé si es o no mi culpa. Me inunda la incertidumbre casi tanto como aquel desagradable olor extendido por todas partes, aquel olor que sube por las fosas nasales hasta llegar, en forma de punzón, al cerebro.

Hay días en los que pienso que el gris no era tan mal color después de todo. Que el verde me habría cansado la vista. Hay días en los que me muero por volver a salir, por a dar un paseo por un acantilado o bañarme en la playa acompañada del atardecer. También hay días en los que pienso que nunca seré capaz de limpiarme y oler fresco, por mucho que frote con más y más fuerza la esponja, por mucho que abra las ventanas. Temo y ansío a partes iguales el día en que se abran las puertas al mundo. ¿Correré entusiasmadamente hacia cualquier lugar o preferiré seguir ahogándome en el sudor e ir viendo como el oxígeno, en cada respiración, se hace más difícil de absorber? La autocompasión es adictiva, por no hablar de la penitencia. No quiero seguir castigándome. Tengo miedo a convertirme en una estatua, en una estatua de basura.

Y viendo estas imponentes, rígidas, altivas cuatro paredes grises pienso en la grieta. Y por ella, por la que antes escapaba mi concentración, escapo yo. Por un instante, es de día y huele a arbusto recién podado. Por un instante. Bendita grieta.

Querido amigo, he conseguido que leyeras hasta aquí, he conseguido que me escucharas. Y tú, has conseguido salvarme. Al fin y al cabo, si me lees es porque no he borrado estas palabras. No las he ahogado. He conseguido que se escaparan a través de la grieta del escritorio, he conseguido que volaran lejos de mis cuatro paredes y llegaran hasta las tuyas. Después de tanto menguar, hoy he crecido.

Cuando todo esto acabe, confío en que nos veamos. Sé que no conocemos nuestras caras, pero de alguna manera, sabrás quién soy. Porque esas cosas se saben, de la misma forma en la que se sabe cuándo te mira alguien, aunque tus ojos apunten en dirección contraria. Algún día, me verás paseando por la ciudad, me verás

admirando el mar, fundida en él, en silencio, respirándolo, absorbiéndolo. El mar, agua salada, que abre los pulmones, es medicina de mil males. Y entonces, cuando me veas, podríamos reírnos juntos de este texto, porque ya habrá pasado y será solo un recuerdo. Amargo, sí, pero pasado.

Gracias, amigo, lector, compañero. Te estaré esperando.

**E
L

S
I
L
E
N
C
I
O

D
E

L
O
S

C
U
E
R
V
O
S**

Héctor Peña Manterola

Las ruedas chirriaban. Dentro de poco habría que cambiarlas, ya que el óxido comenzaba a deteriorar su potencia motriz al igual que la vejez había deteriorado a la anciana que intentaba desplazarla.

Aún recordaba los tiempos en que era joven, en que su belleza había cautivado, entre otros, al hombre que acabaría convirtiéndose en su marido. Su cabello rubio caía a ambos lados de su cabeza intentando rozar sus hombros, y sus ojos azules escondían un océano de misterios que aún la quedaban por vivir.

Pero ahora había arrugas y un pelo blanco y cansado que no iba a ninguna parte. Ya no podía bailar, ni viajar, ni nada. Le habían dicho por teléfono que había nacido su bisnieto, que se llamaría Pedro, pero su falta de experiencia con las nuevas tecnologías impedía que pudiera ver una foto suya.

Quizá nunca llegara a conocerlo. Quizá antes de que aquel infierno acabara, ella dejaría de existir, sucumbiendo al paso del tiempo, a la lenta maldición de los años, al inexorable destino que aguardaba a las almas de hombres y mujeres.

Y el miedo estaba ahí, creciendo en cada sombra, acechando en cada esquina. La mujer a veces pensaba que estaba comenzando a delirar, a dejarse llevar por el pánico, a permitir a la paranoia apoderarse de su ser mientras la encerraba en una habitación que solamente tenía un televisor y una cama.

Las chicas apenas la tocaban ya más que para cambiarla y con mucho cuidado. Las mascarillas encajaban bien con su ropa laboral, pero dificultaban aún más a la señora el poder diferenciarlas. Ella intentaba entretenerlas con alguna historia de su juventud, o de sus hijas, pero parecía no importarlas.

Ellas no paraban. No podían parar. Cada segundo perdido podría suponer la muerte de un interno en mitad del caos que suponía el nuevo brote de coronavirus en la residencia.

Aquella gente estaba muriendo sola.

Un miércoles cualquiera, la mujer pudo escuchar a las cuidadoras decir que Paquita había fallecido. Era la primera amiga que había hecho al entrar allí cinco años

atrás, y ahora se la había negado siquiera el último adiós por el temor al contagio.

Su familia tampoco podría despedirse de ella, ni velarla, aceptando el duelo de los mudos, el silencio de los cuervos que no podían más que graznar por la ausencia de su piel.

A dónde irían a parar las almas perdidas, las rampas hacia la libertad que parecía que nunca iban a construirse.

Ella se negaba a morir en tales condiciones.

Solamente le permitían recibir una llamada a la semana, para minimizar el riesgo de contagio. Toda la semana esperaba esos minutos de placer, eran su motor del cambio, el combustible que necesitaba para mantenerse viva.

Parecía que más que en una residencia se encontraba en un centro penitenciario, ella que había sobrevivido a la guerra, que había criado a sus hijas, que había visto morir a sus hermanos y a su marido.

Lo único que siempre había temido era al olvido, a morir sola, a ser desterrada de una sociedad que ella misma había ayudado a formar.

Y no lo entendía.

Habían pasado ya casi dos meses desde la última vez que había visto a su familia, cuando comenzaron a cerrar todos los centros. Ella no se enteraba muy bien de lo que ocurría, pero la experiencia la decía que era grave y que los telediarios no contaban toda la verdad.

Añoraba las miradas, los besos en la frente, los apretones fuertes en su mano, los pequeños paseos por el jardín; y si miraba más atrás, añoraba ser libre. Aunque respirara, en su interior se sentía como si desde hace mucho tiempo hubiera dejado de hacerlo.

Miró las fotos de la mesita, recuerdos enlatados en papel, fragmentos del tiempo resguardados de su propio paso, del instante fugaz que supone una vida humana.

Al menos estaba en paz consigo misma.

Los resultados no tardaron en llegar. Al otro lado del teléfono, la voz temblorosa de su hija mayor rompió a llorar. El resultado era positivo, y ella, era ignorante de los síntomas, del aliento que se la cortaba, de la tos seca que comenzó a sangrar en su garganta.

Pronto vino la fiebre, y con ella el invierno en plena primavera, cubriendo con su níveo manto los geranios de su jardín. Pero ella ya no podría verlos, pues era otro invierno, el de su propia vida, el que había llegado con antelación.

Siempre tuvo mucho miedo a la muerte, más, ¿cómo iba a temer a la muerte con todo lo que había vivido? El dolor de cabeza pronto se hizo insoportable, y la dosis aumentó.

“¿Dónde están mis hijas?”, repetía entre lágrimas, con la voz ahogada, a los doctores. Y nuevamente solo encontraba el silencio de los cuervos por respuesta, que ahora graznaban órdenes y señales, que ponían bajo cuarentena existencial a sus débiles huesos y la aislaban del aquellos minutos que la permitían vivir.

Con la mirada nublada, intentaron mantener su vida de forma artificial al conectarla a aquella máquina, pero una mujer tan rural, que no entendía de aquellos avances tecnológicos, poco pudo poner de su parte.

No hubo velas en aquel entierro. Nadie acudió al funeral.

El frío de su cuerpo se fundió con el fuego del horno crematorio, reduciendo a cenizas una vida en soledad.

**O
N
T
H
E
R
O
C
K
S**

Alvaro Basanta Cadavid

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, la luz se le clavó en las pupilas como dos agujas candentes. Hacía rato que la ciudad había despertado, pero Dylan seguía aturdido. Entrecerrando los ojos, se dirigió a la salida mientras buscaba su mascarilla por entre los bártulos de la mochila.

Un bolígrafo, un cuadernillo, el teléfono, la cartera, un libro de Faulkner... No había mascarilla. Buscó en el bolsillo pequeño. Buscó en los laterales, en los bolsillos del pantalón y en los de la sudadera.

Ni rastro.

Intentó reconstruir en su mente la noche anterior. Llegaron sobrepasando por veinte minutos el toque de queda. Él se sentó en la cocina mientras ella abría un par de birras. Después, fueron al salón y se sentaron en el sofá, se enrollaron y, de algún modo, acabaron en la cama, olvidando sus cervezas recién empezadas. El recuerdo de ella seguía fresco en su memoria, pero no era capaz de visualizar la mascarilla en ningún sitio.

Quizás en la cocina.

Sí. Puede que estuviera sobre la mesa de la cocina.

Sosteniendo la mochila con una mano y rascándose una ceja con la otra, se quedó unos instantes parado en el portal. Después, se sentó en las escaleras y apoyó la cabeza entre las manos. Estaba muy cansado. Cerró los ojos. Trató de idear una buena excusa por si la policía le amonestaba, pero sus neuronas no le obedecían. No conseguía pensar en nada. Cuando lo intentaba, la imagen de ella se materializaba en el interior de sus párpados, y sólo podía ver la blancura de su cuello, y sólo podía sentir su pelo frondoso y salvaje acariciándole la piel. Al final, se decantó por la explicación más sencilla: la había perdido. ¿Dónde? ¿Cuándo? Daba igual. No creía que el señor agente fuera a tener ganas de investigarle. Se levantó, se colocó la costura del calzoncillo y salió del portal.

Fuera, el ambiente era cálido y acogedor. No parecía que fuera a ser el fin del mundo. Los viejos gruñían con aire cómico, las terrazas estaban llenas de personas sonrientes con cañas y cocacolas en las manos — a pesar de ser lunes por la

mañana — y se oía jugar eufóricamente a unos niños en el patio de algún colegio cercano. El ruido de la ciudad arropó a Dylan con delicadeza, igual que le arropaba de pequeño el abuelo con su mantada de lana durante los inviernos en la montaña. Pues no importaba el calor que hiciera, en su alma siempre fue invierno, y él siempre anduvo buscando mantas con las que arroparse.

Nadie le miraba. Quizás la barba disimulaba su carencia de mascarilla. Aprovechó su libertad respiratoria para, en un suspiro, llenar los pulmones con ese aire de pureza cuestionable que la gran ciudad es capaz de ofrecer. La noche anterior había sido agotadora. Agotadora y corta. Una noche de poco dormir y mucho hablar. Y entre conversación y conversación, interludios amorosos. Pero eso no lo podía saber la policía. Puede que estuviera prohibido. ¿Quién sabe? Mejor no tentar a la suerte. Por aquel entonces, el límite entre lo legal y lo ilegal no estaba del todo claro, y Dylan no recuerda si alguna vez lo estuvo. Ya no lo recuerda. Y sin embargo, recuerda perfectamente el aura extraña que todo — y todos — desprendían aquel día. Serenidad e inquietud a partes iguales flotaban llevadas de aquí para allá por corrientes de aire. Fue una mañana rara. Muy rara. Dylan tenía una ligera resaca, fruto de los whiskies on the rocks que había tomado la noche anterior. Le había dado por ahí. Se había inspirado en aquella serie de los dosmil-diez que estaba ambientada en los sesenta. Admiraba, en cierto modo, a esos adultos desamparados que bebían whisky y ginebra como demonios. Bebían mientras trabajaban, bebían mientras comían, bebían mientras charlaban, bebían mientras follaban. Dylan encontraba misteriosamente atractiva esa vieja costumbre, patente en la humanidad desde el inicio de la civilización. Esa necesidad de anestesiar el cerebro de una manera o de otra.

Aquella mañana, la anestesia del día anterior le había dejado el cerebro entumecido. No se puede decir que se sintiera mal. No estaba triste. Tampoco especialmente alegre. ¿Preocupado? No exactamente. Puede que tuviera miedo. Pero, de ser éste el caso, debía de ser un miedo muy profundo. Un miedo secreto, incrustado cual parásito en el punto más céntrico de la inestable pelota de emociones que formaba su personalidad. Un cáncer que iba minando poco a poco su salud mental hasta que fuera demasiado tarde.

La boca le sabía a rayos y su saliva era seca y pastosa. No se había lavado los dientes ni había bebido agua, y tenía una sed abrumadora. Había planeado beber

cuando llegara a casa, pero el calor era insoportable y la deshidratación empezaba a provocarle mareos. Entró en un bar. Era el típico bar de barrio que frecuentaban los viejos tomando el blanco y viendo el partido o la vuelta ciclista. O lo que fuera que echaran en la televisión, daba igual. Lo importante era tomar el blanco. Pero ese día no había viejos. Estaban en sus casas o en la calle, guardando la distancia de seguridad. La televisión, sin embargo, estaba encendida, y su único espectador era un camarero de cincuenta y tantos que secaba con un trapo viejo una copa colmada de rallones.

Dylan se acercó a la barra y le pidió un botellín de agua fría.

—*¿Y la mascarilla?*

—*Se me ha perdido.*

Miró a Dylan con falso reproche mientras terminaba de secar la copa. Después, se dio la vuelta y metió la mano en el botellero. Dylan aprovechó el tiempo muerto para mirar la hora en un reloj de pared que colgaba sobre la barra.

Las once menos veinte.

—*Perdona, ¿está en hora el reloj?*

—*Por supuesto.*

Era muy pronto. Era más pronto de lo que parecía.

—*¿Cuánto es el agua?*

—*Uno con veinte.*

Pagó al camarero con una moneda de un euro y otra de veinte céntimos. Después, salió del bar y bebió el agua de una sentada. Parado en la entrada, bajo el toldo de color granate parcialmente extendido, Dylan observó. Observó al sol abrasando cariñosamente la calle, y observó las sombras proyectadas sobre la agrietada carretera. Observó a la ciudad bullir. Nunca antes había bullido tanto. Definitivamente,

no parecía que fuera a ser el fin del mundo.

Eran las once menos veinte. Quedaba mucho día por delante. Y no tenía nada que hacer. Podría haberse quedado más tiempo en el piso de ella. Podría haber pasado con ella el día. Se habría dado una ducha y habrían desayunado juntos, y habrían seguido parlotando como lo hicieron anoche. Ella no se habría negado. Ni de coña. Habría aceptado ilusionada. Dylan lo sabía. Lo vio en sus ojos cuando le dijo que se iba. «Me tengo que ir». ¿A dónde? ¿Dónde podía estar mejor que en aquel lugar en aquel momento? Si tuviera la opción de volver atrás, se quedaría allí tumbado, con las persianas bajadas y la ventana batiente, escuchando entrar suavemente por las rendijas el sonido de la ciudad desparezándose, y mirando en la penumbra sus ojos. Sus ojos claros y verdicastaños. Y recordando aquella canción popular gallega que nunca supo por qué conocía. Los verdes son traidores y los castaños firmes y verdaderos. Pero, ¿y los verdes acastañados? Le habría gustado conocer al autor de la canción para preguntárselo. Era una opción más directa y menos arriesgada que descubrirlo por sí mismo.

No. No merecía la pena.

Las cosas estaban bien como estaban. Ya se le había roto el corazón un par de veces y el proceso de reconstrucción era demasiado duro. Durante unos días, echaría de menos ver el brillo de su mirada en la oscuridad. Dos ojos profundos y cristalinos. Dos faros solitarios en un mar vasto e impredecible. Lo echaría de menos durante unos días y, después de superar el síndrome de abstinencia, su vida volvería a ser lo que era. Ya está. Todos contentos. Nadie tenía por qué sufrir de más.

Dylan llegó a casa, tiró a la basura el botellín de agua que había espachurrado entre las manos sin darse cuenta, se quitó la ropa, se duchó y se puso el pijama. Sentado en el sofá, sacó de la mochila el cuadernillo y el bolígrafo y empezó a vomitar palabras. Excretó sus pensamientos en el papel para poder apaciguar la ansiedad invisible que le invadía. Escribió una página, dos, tres, cuatro, cinco... Así hasta doce. Después, se dejó caer hacia atrás, exhausto, y por fin pudo dormir.

Cuando despertó, no supo dónde estaba. Abrió los ojos convencido de que frente a él iba a encontrarse el armario horterero de colores donde guardaba su ropa y sus juguetes cuando era pequeño. Aún hoy suele cavilar sobre el paradero actual de ese armario. Puede que ya no exista. O puede que ahora guarde otra ropa o los juguetes de otro niño. Otro niño con suerte, como él.

Se quedó allí sentado, en la misma postura en la que se había dormido, mirando a un punto fijo y pensando en nada durante un rato. Después reparó en el cuadernillo sobre la mesa, y en la escritura violenta que inundaba de tinta la última página. Entonces recordó la noche anterior, y un impulso, motivado por algún tipo de deseo furtivo, le hizo sacar el teléfono de la mochila.

Sin batería.

Lo puso a cargar y esperó a que el contador marcara uno por ciento. Entonces lo encendió y abrió WhatsApp. «No te veo», era el último mensaje que ella le había escrito, a las 18:24. Miró su foto de perfil. Salía ella vestida de verano con un cachorro de golden retriever en los brazos. Debía de ser suyo. Se parecían. En sus caras se reflejaba la misma bondad desinteresada con un pequeño toque de excesiva inocencia. Dylan escribió varios mensajes, pero no llegó a enviar ninguno. Todos le parecían estúpidos. «Hey! Anoche me lo pasé genial». «Hola! Qué tal esa resaca?». «Buah, vaya borrachera a lo tonto anoche, eh?». «Buenos días! Oye, ese perro es tuyo?». Bloqueó el móvil y lo dejó caer sobre la mesa, pero antes de darse cuenta se encontró mirando otra vez aquel mensaje. El mensaje de las 18:24.

«No te veo».

Con decisión forzada, comenzó a escribir de nuevo: «Hey! Creo que me he dejado la mascarilla en tu casa. Qué te parece si me paso a buscarla esta noche?». Enviar.

Pasó un minuto.

Pasaron dos.

Y pasaron tres.

«Claro, sin problema! Yo llego a casa sobre las siete».

Y en lo que quedaba de tarde, Dylan leyó. Nada más. Leyó y comió las sobras del día anterior. Empezó *La Montaña del Alma* de Gao Xingjian. Llegó hasta la página ochenta y cuatro, y en la ochenta y cinco se dio cuenta de que no había entendido nada. Sólo podía pensar en ella. Sólo en ella. Qué tortura. Estaba cometiendo un error. Sabía que antes o después se iba a arrepentir.

Pero cuando dieron las seis y media fue a vestirse. Se puso unos vaqueros ajustados y una camiseta básica negra. Después, se echó colonia y abrió la mochila para coger la cartera. Y allí, en uno de los recovecos del compartimento principal, agazapada como un ratón que no quiere ser cazado, allí la encontró.

Allí estaba su dichosa mascarilla.

L
A

G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

D
E

L
A

C
R
I
S
I
S

Rocio Solares Lainz

Cuando era pequeña el mundo estaba en crisis.

«Una crisis económica» repetían por las noticias cada día. Recuerdo hablar sobre ello con mis profesores en el instituto, aunque yo nunca tenía muy claro qué ocurría exactamente. Las cosas estaban mal, suponía, pero de toda crisis se tenía que salir. Y yo solo era una niña.

«Tú estudia y verás cómo no tienes ningún problema» decía todo el mundo. Así que eso fue lo que hice. Pero luego terminé la carrera y me di cuenta de que esa frase era una mentira. Las personas que me la habían dicho no lo habían sabido, pero lo era. Aunque mi currículum fuera bueno se me hacía inútil: el mercado laboral estaba plagado de ofertas de trabajo con unas condiciones precarias, y lo normal era encontrarse a 900 aplicantes por cada puesto vacante.

Supuse que la crisis no había terminado. O que quizás habíamos caído en otra. Ni lo sabía entonces, ni lo sé ahora.

El caso es que me pasé meses buscando algo decente, pero acabé en diferentes lugares que se encontraban lejos de cumplir con mis expectativas; con sueldos malos y horarios abusivos en trabajos que ni si quiera tenían que ver con lo mío.

Aquello me consumió lentamente.

Así que decidí optar por la única solución que veía posible: emprender.

En fin, si el mercado no me ofrecía lo que yo quería, tendría que construirlo con mis propias manos. ¿Y quién me mandaría hacerlo? En su momento me pareció una gran idea; aquí en Santander había pocos locales que ofrecieran servicios de cafetería y librería a la vez. Quería convertir aquel proyecto en un bonito espacio donde la gente pudiera ir a relajarse, a disfrutar de una buena tarta y a descubrir nuevas historias.

Prepararlo todo fue estresante; el papeleo, pedir el préstamo al banco (y a mis padres), buscar el local, alquilar las máquinas de café, contactar con los distribuidores... pero lo logré. Lo hice.

Cuando abrí no podía estar más feliz. Tenía ganas de trabajar y de esforzarme para que las cosas salieran bien. Y poco a poco, fueron saliendo. A la gente le gustaba el sitio, les encantaba mi repostería y disfrutaban charlando conmigo sobre literatura. Los números fueron complicados al principio, pero con el tiempo fui viendo una pequeña luz al final del túnel; si seguía así, en pocos años pagaría la deuda del banco y todo aquello sería definitivamente mío.

¿Quién habría podido predecir el desastre que vino después?

La generación de la crisis, nos llaman. Una pandemia global era algo que nadie se habría imaginado. Al principio me lo intenté tomar con humor, cuando la cosa no parecía tan peligrosa. Veía las noticias de los confinamientos en Asia, las imágenes de toda la población llevando mascarilla, y bromeaba con mis clientes sobre el buen material que aquello nos aportaba como inspiración para escribir novelas sobre pandemias. Me pregunto si la literatura de zombies tendrá su auge dentro de unos meses.

Pero cuando la catástrofe llegó aquí, dejó de ser divertido.

El cierre de establecimientos, el confinamiento, los contagios... Veo a los pobres sanitarios haciendo jornadas opresivas para aguantar el tirón. Escucho las sirenas de las ambulancias pasar por mi calle cada dos por tres. Me pregunto si la gente que conozco estará bien. Y me lamento por aquellos a los que no conozco, porque no deja de ser una tragedia.

Ver los números en las noticias y escuchar repetidamente lo que está ocurriendo no ayuda, además, a mi realidad: las deudas me van a hundir si no puedo abrir la cafetería.

La luz del túnel se apaga.

Les echo otro vistazo a las cuentas que he hecho, intentando apretar por todos lados. Mientras, leo los correos del banco y busco formas de pedir ayuda económica, y no dejo de fruncir el ceño pensando en lo injusto que es todo. La generación de la crisis; una vida entera en un ambiente desfavorable. Tardes y tardes quejándome con mis amigos de lo difícil que es todo. Sobre la imposibilidad de encontrar

empleo y sobre los desmesurados alquileres de los pisos. Sobre que tenemos 28 años y seguimos viviendo en casa de nuestros padres. ¡Y del 40% de desempleo juvenil! Y cuando por fin parecía que iba a salir del agujero, cuando mis esfuerzos empezaban a dar sus frutos... ¡esto! ¿Pero qué puedo hacer yo? ¿A quién le echo la culpa? ¿A los distintos gobiernos que se han ido sucediendo durante décadas? ¿A la burbuja inmobiliaria? ¿A una bacteria?

Todas las opciones me resultan igual de inútiles. Y delante de mí solo hay una empresa en quiebra, números en rojo y deudas. Me llevo las manos a la cabeza, ¿cómo voy a salir de esta?

Entonces, mi móvil vibra.

Cuando lo cojo, veo un mensaje del banco; José Ángel, un cliente habitual, me ha enviado un pago de quince euros por una tarta y dos cafés.

Arrugo la frente. A parte de que el precio es mucho más alto de lo que cobro, actualmente no tengo permiso para enviar comida a domicilio. Así que supongo que ha sido una equivocación por su parte. Por suerte, lo conozco lo suficiente como para tenerle agregado en Facebook, así que me apresuro a escribirle un mensaje para explicarle el error.

«Hola, Paula. Espero que tú y los tuyos estéis bien» me responde al instante. «No te preocupes por el dinero. Tómalo como un adelanto. Ya me pasaré por tu cafetería para recoger esos cafés cuando puedas volver a abrir. Espero que te ayude a mantenerte en estos tiempos difíciles. Un saludo.»

Me quedo pasmada durante unos instantes, procesándolo. Después sonrío. Qué amable es el hombre. Debería asegurarme de hacer más a menudo la tarta de zanahoria que tanto le gusta.

Pero entonces me llega otro mensaje. Cincuenta euros. De la señora Soledad. «*Por un libro y un café*» pone. Y después veinticinco de Juan. Y otros veinticinco de Marián. Incluso recibo cinco euros de tres adolescentes que se solían pasar por mi cafetería después del instituto.

Miro la sucesión de mensajes con la boca entreabierta, sin comprender nada.

—*Paula, hija, mira qué iniciativa tan bonita* —oigo decir a mi madre desde el salón.

Parpadeo varias veces para salir de mi ensimismamiento y me levanto. Mis padres tienen la televisión puesta. Están viendo las noticias.

—...*donde los vecinos han empezado a apoyar económicamente a los establecimientos locales* —informaba la mujer del noticiario con una sonrisa brillante—. De esta forma, muchas personas a lo largo del país están intentando ayudar a los comercios locales, encargando y pagando ahora lo que consumirán una vez pase el confinamiento. Una iniciativa muy bonita que muestra la solidaridad que caracteriza a nuestra sociedad.

Vuelvo a mirar la pantalla de mi móvil, que no deja de encenderse cada vez que recibo un mensaje nuevo de mis clientes. Las lágrimas inundan mis ojos y no puedo evitar echarme a llorar.

Mi padre me mira con preocupación.

—*Paula, ¿estás bien?*

Me restriego la manga por los ojos y sonrío.

—*Sí, papá. Tan solo estaba pensando en que, cuando todo esto termine, voy a tener mucho trabajo.*

U
N
A

F
A
M
I
L
I
A

C
O
N
V
E
N
C
I
O
N
A
L

V
I
S
T
A

D
E
S
D
E

D
E
N
T
R
O

María Isabel Coz Salceda

7/03/2020

Estos días el tema del momento es el coronavirus. En el instituto, todos hablamos de ello. En realidad, no sé por qué hay tanto revuelo. No es para tanto. Los de clase sabemos que es más una exageración de los medios de comunicación que otra cosa, pero, como nosotros decimos, hay gente que se deja manipular muy fácilmente. Según Patricia, la gripe resulta mucho más mortal que el coronavirus. Los datos no engañan: el año pasado hubo más fallecimientos por gripe que este por coronavirus.

13/03/2020

Hoy ha sido el último día de clase presencial hasta dentro de dos semanas. Mola, porque el martes teníamos un examen de inglés y nos lo han pospuesto. Hace un rato, mi madre nos ha reunido a la abuela, a mi padre, a Hugo, al pequeño Jimmy y a mí en la cocina y nos ha contado cómo vamos a organizarnos durante estos 15 días: mi padre saldrá para ir al trabajo y para pasear a Laila; mi madre, solo para ir al súper, porque va a teletrabajar; y la abuela y nosotros, los jóvenes, estaremos siempre en casa. Aunque Hugo ha dicho que él igual queda algún día con sus amigos. Yo supongo que haré lo que diga mi madre y ya está, que ella lee muchas noticias por Internet y está superinformada. Al fin y al cabo, son solo dos semanas y puedo hablar con mis amigos por WhatsApp.

1/04/2020

Se ha prorrogado el confinamiento. Ahora mis padres salen siempre con mascarilla y guantes, y todos los días nos asomamos a la ventana a aplaudir a las ocho de la tarde. Esto último no le gusta mucho al pequeño Jimmy, porque dice que se aburre y que no le caen bien los vecinos. Por suerte, mi padre ya le ha hecho entrar en razón:

–Jaime –ha dicho–, salir a aplaudir es un gesto muy bonito hacia el personal sanitario que debemos hacer. Además, ¿has visto a la familia de enfrente? Salen todos juntos al balcón. Nosotros tenemos que hacer lo mismo, para que vean que estamos muy unidos y no piensen cosas raras. En cuanto al instituto, las cosas no están siendo como nos imaginábamos. Ahora no hay que madrugar –¡yuju!–, pero a cambio tengo que pasarme un montón de horas delante del ordenador, y así se tarda más en hacer todo. Algunos profesores nos dan clase por videollamada, pero nosotros pasamos

un poco de ellos. Además, siempre hay algún problema técnico. Yo creo que es que escuchar la voz y ver la imagen del profesor a través de un aparato da como más pereza, no sé, resulta cansino y molesto, incluso. Pero no, se lo he dicho a mi madre y ella me ha contestado que qué tontería, que mi idea no tiene ningún fundamento. Luego me ha enumerado todas las virtudes de la tecnología y me ha explicado cuán maravilloso va a ser el futuro gracias a estos avances.

27/04/2020

Hoy mi madre ha tomado una decisión importante. Ha decidido que, cuando estemos juntos en una habitación, todos, excepto la abuela, vamos a llevar mascarilla. Hugo ha dicho que eso es pasarse un poco, y mi madre le ha respondido que la abuela es una pe sona de riesgo y que tenemos que protegerla. Ahí me hermano ya se ha callado, más que nada para evitar que se pusiese en duda el aprecio que siente por nuestra amadísima abuelita. A ver, es cierto que esta medida puede parecer un poco extrema, pero, tal y como dice su autora, *«esto hay que atajarlo desde el principio»*. Por otro lado, solo tendremos que llevarla cuando estemos juntos, así que basta con que cada uno esté en una habitación distinta y punto. En cuanto a las comidas, en las que no podremos llevar mascarilla, nos turnaremos e improvisaremos un comedor en el salón. A mí me toca comer en la cocina de 14:30 h a 15:00 h. Mientras, en el salón estará almorzando Hugo. Previamente habrá estado en mi lugar mi padre, que tendrá que haber desinfectado el mobiliario antes de cederme el sitio. Está todo pensado.

26/05/2020

Ahora todo el mundo dice que ha retomado el hábito lector, que se ha reencontrado con los libros. Nosotros no tenemos «libros» como tales en casa, tenemos algo mejor: eBooks. Mi madre nos compró uno a cada uno y ahí leemos todo lo que queremos. Así, no contribuimos a la tala de árboles y podemos tener la conciencia tranquila mientras leemos. De todas formas, esto no es algo que ocurra muy a menudo. Ningún miembro de mi familia, y yo me incluyo, se siente muy atraído por la literatura. No sé por qué.

19/06/2020

Hoy es un gran día. Hoy hemos salido en el periódico local. Llevan varios días haciendo entrevistas a familias, y hace poco nos tocó a nosotros. Mis padres hablaron con mucha seriedad y muy acorde con los tiempos que corren. Mi madre dice que hemos quedado muy bien, como una familia ejemplar.

20/09/2020

Ya han empezado las clases de nuevo, pero mis padres han decidido que no acudamos al colegio. Vamos a seguir con el sistema de enseñanza telemática con el que tanto aprendimos durante el confinamiento.

24/10/2020

Este curso está resultado bastante duro. Pero mi madre me ha dicho que no es cosa de la educación telemática, sino del cambio de la ESO a Bachillerato. Ya conozco a mis compañeros, porque estoy en el grupo de WhatsApp. No parecen especialmente simpáticos, así que casi prefiero no ir a clase con ellos. También conozco a los profesores, porque todos los días me pasan los deberes por Teams. A menudo siento algo parecido a la depresión, pero luego recuerdo que no puedo ser tan egoísta, que peor lo está pasando la abuela. Todas las tardes, cuando la veo sentada en el sofá viendo *Sálvame*, se me olvidan mis quejas y problemas y pienso que no pasa nada por sacrificar un par de años de juventud si con eso consigo que mi abuela disfrute de la vida otro par de años más.

25/03/2021

Hoy han dicho que la mascarilla ya no va a ser obligatoria en los lugares al aire libre. Esto no significa, por supuesto, que nosotros vayamos a dejar de llevarla. Al contrario, ahora hay que tener el doble de precaución. No creo que nos la quitemos hasta pasado mucho tiempo, y cuando lo hagamos, ya no será lo mismo que antes. Qué recuerdos.

29/06/2021

Hoy, tras más de un año con mascarilla en casa, mis padres han decidido que ya podemos quitárnosla. Mi madre ha dicho que no tenemos que relajarnos, pero que, ante el descenso de la curva de contagios y la inminente vacuna, podemos comenzar con la desescalada. No me imaginaba a mi familia así, la verdad. Ya no es solo que todos tengamos más ojeras, es que mis hermanos, por ejemplo, han cambiado bastante desde la última vez que les vi toda la cara. Hugo ahora tiene algo parecido a un bigote, y, en el caso del pequeño Jimmy, la cuestión no es qué tiene, sino qué le falta: tres dientes. En cuanto a mi padre, creo que mi cerebro, en un gran acto de generosidad, había borrado sus caídos mofletes de mi recuerdo. A mi madre, en cambio, es imposible olvidarla. Podría decirse que las paredes de casa están empapeladas con fotos suyas.

15/07/2021

Por si no tuviéramos bastantes problemas, ha aparecido ahora mi tío con otra de sus locuras. Nicolás siempre ha sido un poco rarillo, pero lo de ahora, dice mi madre, roza ya lo ridículo: ¿pues no dice el hombre que no piensa salir a la calle nunca más porque el otro día contaron en las noticias que a uno le había caído un tiesto en la cabeza? Mi padre, claro, está preocupado por su hermano y se le nota más nervioso que de costumbre. Yo he propuesto que el tío Nicolás, cuando salga de casa, se aleje de los edificios y de todo volumen susceptible de tener macetas. Como estoy en todo, he añadido que, cuando esto no sea posible (por ejemplo, si la calle es muy estrecha), se ponga el típico casco amarillo de obrero. Parece ser que mi aportación no ha sido muy popular en casa. Mi madre me ha dicho:

–Tonterías, no se puede ir con esa mentalidad por la vida.

**E
L

T
I
E
M
P
O

Y

T
Ú**

Celia Fernández Pérez

Tenía clase a las cuatro de la tarde. Eran las tres y cuarto. Preparó su mochila y salió de la habitación, lista para ir a la parada de autobús.

Otra vez se le había olvidado la mascarilla, y tuvo que volver a por ella. Un día más, iba tarde. Corrió tan deprisa que sus pies parecían volar a un centímetro del suelo. Esta vez no quería perderlo. Llegó a la parada y se sentó en el banco para recobrar el aliento. Sacó su móvil y miró cuánto faltaba para que llegara el autobús. Esperaba que no fuera demasiado tarde. Quince minutos aún. Se cabreó consigo misma por no haberlo comprobado antes. Tenía mil cosas que hacer y ahora perdería esos valiosos minutos mirando a la nada. Barajó las opciones: revisar sus redes sociales, responder mensajes, sacar los apuntes y repasar... suspiró agobiada. No. Simplemente descansaría.

Hacía sol y ni se había dado cuenta. Soplaba la brisa, que llegaba del mar cercano. La calle estaba tranquila. Respiró profundo. A veces, con las prisas, se olvidaba de vivir. Guardó el móvil en el bolsillo y se dedicó esos quince minutos para ella misma. Apoyó la espalda en el cristal de la parada y justo en frente encontró ese edificio ya familiar, que veía todos los días de reojo. Hoy se tomó el tiempo necesario para recorrer cada detalle de la fachada.

Era una casa de principios de siglo XX, grande, blanca, de techos altos, y balcones que daban a un jardín amplio. Estaba cuidada, pero no creía que fuera de una familia. Era demasiado grande para ser una sola vivienda. Pensó que algún día tendría que haber sido el hogar de alguien adinerado. Se imaginó a la gente vestida con trajes de la época, un san bernardo en el jardín, jugueteando con el pequeño de la casa. Le hizo gracia poder visualizarlo con tanta claridad. Cerró los ojos y soñó con una joven como ella, asomada al balcón. Con un vestido largo hasta los pies, y pomposo. Toda una mujer a ojos del mundo, pero una niña por dentro. No llevaba mascarilla.

Abrió los ojos, oteó el inicio de la calle en busca del autobús. Escuchó su propia voz, que le llamaba a lo lejos. Ella no había dicho nada. Miro hacia el balcón y la joven seguía allí. Era ella. “*Ven a charlar un rato*” le dijo desde lejos, “*tenemos mucho que contarnos*”. No entendía nada, pero simple y cordialmente, le dijo que tenía prisa, que el autobús estaba a punto de llegar. “*Dedícame un poco de tiempo*”, le rogó la joven del balcón. Desde la parada, lejos, y sin verle bien el rostro,

supo que la joven tenía los ojos húmedos y brillantes, y la voz quebrada. Se sintió extraña, ella misma se pedía tiempo con lágrimas en los ojos.

Se levantó, cruzó la calle y entró en el jardín, atravesando la verja abierta. El niño que imaginó al principio, ya no estaba, la gente pasando por la calle había desaparecido. Solo quedaba la joven del balcón. “*Sube*”, le dijo, “*desde aquí todo se ve mejor*”. Le preguntó que a qué se refería. “*El bosque, tus problemas*”, contestó la joven, “*desde ahí abajo, entre los árboles, no conseguirás encontrar el camino*”. No sabía qué estaba pasando ni de qué le hablaba, no sabía cómo había aparecido en ese enorme jardín que, desde fuera parecía pequeño, y ahora veía como un auténtico bosque. Si daba un solo paso en la dirección equivocada, efectivamente se perdería. Sin más opciones decidió hacer caso a la joven del balcón y caminó hacia allí, sin perderla de vista.

Al llegar a la casa se encontró el gran portón abierto, que daba a un oscuro y frío pasillo. Estaba lleno de telarañas, era como si nadie hubiera pasado por allí en mucho tiempo. Sus pasos resonaban en el suelo de piedra y hacían eco. Todo estaba vacío. No había estado nunca allí, pero tenía una extraña sensación de familiaridad, y sin que nadie le dijera nada, sabía hacia dónde tenía que dirigirse. Llegó a una habitación enorme, oscura también. Vio al fondo la luz que entraba por el balcón, y pudo distinguir la silueta de la joven que la había llamado.

Se acercó a ella y pudo comprobar que, como había intuido desde el jardín, estaba llorando. En un acto instintivo la rodeó con sus brazos. Algo en su interior se movió. Sintió que todos los errores que había cometido a lo largo de su vida ahora le dolían un poco menos, que todas las duras palabras que se había dedicado año tras año se desvanecían en el aire. Sintió paz y toda su prisa se deshizo en aquel minuto, dedicado a ella misma.

Cuando finalmente se separaron, se internaron en la penumbra de la habitación y se fijó en cada detalle que las rodeaba: había estanterías llenas de libros, y todos los títulos resonaban en su cabeza como aquellos que nunca tuvo tiempo de leer. Había miles de dibujos colgados por las paredes; acuarelas, carboncillos y óleos. Escuchó las melodías familiares al piano que sonaban de fondo, aquellas que algún día había dejado a medio aprender. Había poemas escritos en cada rincón de la habitación, y muchos armarios abiertos, como las heridas que nunca llegaron a

sanar. Vio una mesa llena de retratos familiares, y con decenas de relojes, de todas las formas y tamaños, algunos de ellos caídos en el suelo. Sin embargo, todos ellos estaban parados, como si allí dentro el tiempo no volase.

No sabía cuánto tiempo llevaba paseándose por la habitación. Se acercó a la mesa de los retratos para observarlos con detenimiento y su tez se volvió blanca como la nieve cuando se dio cuenta de que eran fotos de sus padres y su hermano, junto con ella misma. En algunas estaban vestidos con vaqueros y en otras con ropa de la época. Se giró para preguntarle qué era todo aquello a la joven del balcón, que escribía una carta mientras tanto.

“Este es mi hogar, aquí es donde vivo, junto con todo lo que abandonaste algún día”. Ella le preguntó que, si era su hogar, por qué lo tenía todo oscuro y descuidado, como si nadie pasase por allí. La joven, con una sonrisa triste en los labios, le contestó: “Porque, como bien has dicho, nadie pasaba por aquí. En marzo, comenzaron los tres meses de máximo esplendor del hogar. Había vida, la luz volvió. Los relojes volvieron a ponerse en marcha y todo el bosque floreció. Pude estar con mi familia, dedicar tiempo a leer, a pintar, a escribir, a la música. Cuidé como nunca de toda la casa, limpié cada rincón y cerré cada armario que quedaba entreabierto. El largo pasillo por el que llegaste hasta aquí estuvo más transitado que nunca, venías todos los días. Luego llegó el verano y todo se sumió de nuevo en la penumbra. Me abandonaste de nuevo. Me abandoné de nuevo”.

Mientras decía esto, la joven alzó la mano y le quitó una lágrima de la mejilla. Ahora era ella quien se había echado a llorar sin darse cuenta. Le apartó la mascarilla diciéndole: *“Puedes quitártela, aquí no hay pandemia”.* Ella le contestó que no, que no quería pegarle el virus. La joven replicó: *“¿Virus? Aquí no hay virus. Nunca paráis allí. Siempre corriendo, siempre alterados procurando no olvidar nada, y procurando no acordaros de vosotros mismos. Aquí no pasa eso, estás a salvo”.*

De pronto, le fallaron las piernas y sintió que se desmayaba. La joven la sostuvo en sus brazos, y le introdujo la carta que había estado escribiendo en el bolsillo de su chaqueta. Se sentía cada vez más pesada, y finalmente, las dos cayeron al suelo. Esta vez fue la joven quien la abrazó, le dio un beso en la frente y le susurró: *“vuelve a verme”.*

Cuando pudo dejar de llorar y abrió los ojos de nuevo, estaba en su cama, en su habitación de siempre. Se sentía mareada y desorientada. Miró el móvil para ver la hora. Eran las seis de la tarde, y era domingo, no martes. No tenía clase. Metió el móvil en el bolsillo y se topó con la carta que ella misma se había escrito en aquel extraño lugar. La desdobló con manos temblorosas y leyó:

*“Tres meses de felicidad
que volaron la enfermedad.
La verdadera pandemia es el tiempo,
la velocidad.”*

**E
L

A
L
A
R
M
I
S
M
O**

Ricardo García Fontecha

Desfalleció a pocos metros de la entrada del pueblo, tras haber fracasado en su último intento de encontrar algo que beber. Los primeros rayos del sol de la mañana alumbraban las primeras casas de la aldea, algunas derruidas por los disturbios y los bandidos que asolaron esas tierras cuando aún había algo que asolar. La luz también descubría el yermo paisaje que rodeaba el pueblo. Donde una vez, no hacía tanto tiempo, todo fueron verdes pastos húmedos y enormes bosques de robles y hayas ascendían por los montes y valles, hoy sólo había pardos pedregales rodeando el cauce seco del río en el que se apilaban cadáveres de animales que se rindieron antes que Adán. Esta visión fue la que le animó a hacer un último esfuerzo para, al menos, refugiarse del que pronto sería un sol mortal. Podría buscar refugio y dormirse hasta que la letal bola de fuego que estaba a punto de asomarse por el este se escondiera por el oeste. Entonces, pensó, quizá tendría fuerzas para un último intento. Sabía a ciencia cierta que sería el último. Se arrastró hasta la que había convertido en su casa, lamio la humedad del mugriento cubo donde recogió agua la última vez y se acurrucó en el lecho improvisado de pedazos de colchones ensangrentados que había construido.

Allí se tumbó a escuchar. En su juventud habría oído el canto de los pájaros, las voces de sus vecinos, los campanos del ganado. Siendo, como calculaba que era, diciembre, también habría oído el crepitar de algún fuego. De tarde en tarde, el motor de algún coche. Hoy ninguno de esos ruidos podía escucharse. En su lugar, sólo uno: el mar a lo lejos. El mar nunca estuvo ahí antes. Había ido acercándose poco a poco, implacable, incansable, desde que empezaron las alarmas. Recordó su juventud, cuando el mar estaba a cuarenta minutos en coche, cuando el río bajaba caudaloso en la primavera tras la fusión de la nieve en las montañas, cuando el agua salía de un grifo simplemente accionando una palanca. Qué sencillo era todo. Se imaginó a sí mismo abriendo y cerrando un grifo en su infancia, jugueteando con el chorro del agua. Se durmió con una sonrisa.

Cuando despertó el sol estaba a punto de esconderse, pero aún hacía demasiado calor para salir. Volvió a lamer su cubo y abrió una de sus últimas latas de conservas que atesoraba en un falso suelo para evadir a los bandidos que ya no le visitaban, seguramente rendidos antes que él. Comisqueó un poco de bonito pasado y se preparó para su última incursión. No sabía bien qué bus-

caba. Pensó en las tribus del desierto que había visto en documentales cuando era joven. Se avergonzó de lo poco preparado que estaba para la supervivencia, él, que había crecido con todas las comodidades sin pensar que estas podrían desaparecer. Vistió sus apestosos harapos para enfrentarse a la fría noche y comenzó su caminata. Sabía que no había agua a menos de una noche de camino de ningún refugio, así que no le quedaba más remedio que ir más lejos, lo cual era la muerte segura si fracasaba en su búsqueda. Se podía sobrevivir bajo el abrasante sol con agua, al abrigo de una roca o envuelto en sus propias ropas, pero si la mañana le sorprendía a la intemperie sin agua sería su fin. De modo que se dispuso a emprender lo que llevaba tiempo postergando: la ascensión a las montañas trepando el cauce seco. Sabía que no encontraría refugio allí arriba, y que no volvería antes del amanecer, pero era el único lugar que faltaba por escudriñar.

Una vez hubo atravesado el límite al que había llegado en sus anteriores incursiones, la luna llena le alumbró un paisaje igualmente desolador. Aún quedaban troncos en pie, quemados y desnudos, como un fantasmal bosque del Apocalipsis. A medida que ascendía por los caminos iba encontrándose más cadáveres de animales. Halló también una tienda de campaña. La reconoció. Eran los malhechores que habían asesinado a lo que quedaba de su familia y vecinos. El olor a putrefacción atravesaba la raída lona de tela de la tienda. Adán pasó de largo sin inmutarse.

El cauce se empezaba a desdibujar, señal de que a esas alturas ya no hubo algo que pudiera llamarse río, sino riachuelo. Quizá arroyo, o torrente. Nunca estuvo muy familiarizado con los términos hidrográficos correctos. Para él, el agua era algo tan cotidiano... Finalmente, perdió todo rastro del cauce. Se encontraba casi en la cima del monte. La noche comenzaba a abrir, la luna a esconderse y el este se teñía de púrpura anunciando el inminente amanecer. Miró a su alrededor una última vez. Nada, sólo muerte, sequía y piedras yermas e inertes. Ni siquiera cadáveres de animales que le hicieran sospechar que hubo agua ahí hacía poco. El viento era helador ahí arriba y le hacía tiritar, castañeándole los dientes, sin ningún abrigo, pero pronto el sol de diciembre le mataría. *“Al menos estaré a gusto un breve periodo de tiempo”*, pensó.

Y allí, en lo alto del monte que dominaba el pueblo donde había crecido, se rindió.

El monte que una vez fue verde y cubierto de hayedos fue su tumba cuando ya sólo era una enorme masa de piedras y tierra muerta. Sus últimos recuerdos fueron para su juventud. Era un chico alegre, lleno de vida. Había comenzado la universidad. Tenía una novia, buenos amigos, una familia que le quería, buenas expectativas de futuro. Era feliz.

Recordó también el primer día que se anunciaron recortes en el agua. Poco después, las 3 recomendaciones de no salir a la calle a ciertas horas del día. No le dio importancia, al fin y al cabo, era verano, parecía una simple ola de calor. Pensó que sería algo pasajero, que su vida normal se había detenido por un instante, pero que pronto la reanudaría. Lo cierto es que nunca más se tuvo un acceso fácil al agua. Poco a poco empezó a escasear. El gobierno cayó, la Humanidad se sumió en una guerra civil a nivel mundial. El sol abrasaba cada vez más, y el nivel del mar crecía. Nunca retomó su vida normal, y ahora, trece años después, la que prometía ser una vida larga, próspera y feliz, se terminaba por sed y radiaciones mortales en lo alto de una montaña seca en diciembre de dos mil ochenta y uno.

Sus últimos pensamientos fueron para su abuelo, y la frase que decía habitualmente cuando noticias tildadas de alarmistas por casi todos los supuestos expertos y tertulianos aparecían en la televisión:

“Esto me recuerda a la pandemia de dos mil veinte. Nadie se lo tomó en serio y al final nos pasamos meses encerrados y con cientos de personas muriendo cada día. Y esto es mucho más grave”.

¿
Q
U
É

Q
U
I
E
R
E
S

C
O
N
T
A
R
?

Alicia Abascal Astobiza

Te sientas frente a la pantalla de tu ordenador. ¿Qué quieres contar?

Quiero contar que vivo en el lado equivocado del edificio. Que, aquí, las ventanas dan a un callejón sin salida. Sin salida para los coches, pero por el que puedes pasar andando. Podías pasar andando -ahora, nunca pasa nadie-. Ahora nunca anda nadie.

En el otro lado dan a una carretera que divide la urbanización. Y hay mucha luz y, en el edificio de enfrente, muchos balcones.

Quiero contar que vivo en el lado equivocado porque en mi lado no se toma el vermú en las ventanas. Todos los domingos, sin falta, a la 1 del mediodía. Aunque los del F empiecen a las 10.

Pero en mi lado hay más niños, y más gritos por el mando del televisor.

Quiero hablarte de mi madre, que empezó a hacer más ejercicio. De mi padre, que un día anduvo 4km en los 10 metros de pasillo.

Quiero hablarte de los de debajo, que nunca subieron a quejarse aunque yo entrené en el salón toda la cuarentena. Y de los de al lado, a los que en 3 meses nunca oí discutir.

Quiero hablarte de la aventura que suponía comprar el pan -¡ay-. Y traer, cada día, uno distinto. Cada día uno distinto -un pan distinto, un día distinto-. Hasta probarlos todos, y elegir un favorito, y repetir. Y, mamá; ¿baguette otra vez?

Quiero hablarte de como solo hay un pan del que mi madre no se aburre. De como mi abuela, que lleva por voluntad propia 20 años sin salir de casa, me llama y me cuenta que ella no engordó en cuarentena. Que ella no estaba mal en cuarentena; salvo que duraban menos los capítulos de sus series de televisión. Que ella llamaba más, aunque se aburría lo mismo.

Quiero contarte que todo el mundo llamaba más, y horneaba más. Y yo me quedé

sin harina, y mi madre no quiso comprar papel higiénico aunque solo nos quedaban dos. Y que mi padre lo compró igual.

Quiero contarte que me daba miedo estar en la escalera, que pensé en empezar a fumar. Y, qué angustia ir al estanco. Y, qué angustia quedarse sin tabaco. Y menos mal que, en realidad, nunca he fumado.

Quiero contarte que hice galletas, dejé la carne, volví a la carne, hice galletas, miré las nubes, intenté aprender a tocar la guitarra, construí flores de papel, hice galletas y me alegré de no fumar.

Que comimos en el salón, dormimos en el salón, jugamos en el salón, gritamos en el salón, corrimos en el salón. Y asistí a clase, me conecté a clase -y no asistí-. Que movimos todos los muebles y ahora siguen así, pegados a las paredes y dejando mucho espacio en el interior.

Que movimos todos los muebles y ya no es el mismo salón. Aunque sí son los mismos muebles y sí es el mismo espacio.

Que movieron a todas las personas y algunos siguen así, dejando mucho espacio en la calle. Que movieron todas las ideas, todas las creencias, y ya no es el mismo exterior.

Quiero contarte que queríamos seguir viviendo y queremos seguir viviendo. Y que hicimos mucho -y hacemos mucho-, y los muebles en el salón siguen ahí. Aunque ahora estén otro lado. Y la gente sigue aquí, aunque llevemos meses sin juntarnos.

Quiero contarte tantas cosas que me da miedo no encontrar las palabras, que me da miedo quedarme sin ellas, que me da miedo dejarme cosas.

Que -mejor- prefiero no contártelo.

**E
T
A
P
A
S

Y

A

V
O
L
A
R**

Raquel Alvarado Fernández

Ilusa recorre las calles en el amanecer. Con la sonrisa más grande del mundo dibujada en el rostro, baila por el asfalto a la salida de la escuela. Ya ha conocido la desgracia o el egoísmo humano. Ya sabe que la palabra “*familia*” tiene matices. Pero es feliz, y ajena a lo que vendrá. Con las alas bien extendidas continúa su camino.

Se enturbia la mañana con luces oscuras. No comprende muy bien de dónde vienen. No piensa en el futuro, o al menos no en exceso, y se hunde en su pasado más cercano, haciendo que de la herida crezcan versos, forjando amistades que serían eternas, y otras, puro veneno. Mantiene las alas bien abiertas, pero ya presentan jirones. Época convulsa esta mañana, que agita inquietudes allá donde el corazón las levanta.

A mediodía, se carga sus 28 veranos a la espalda. “*Que Atlas me ayude a soportar el peso*”, piensa. Marzo de 2020: se ocultan las alas para dejar espacio a la carga. Cierra la puerta, quién sabe cuándo volverá a abrirla. Está lejos pero cerca de todo el mundo, está sola pero acompañada. Y el encierro no está tan mal, no se lleva tan mal, pero hay gente luchando por escalar a los lados del abismo. Parece que de nuevo sale el sol; tímido se aventura, y la hora de comer se acerca como un escalofrío húmedo en plena ola de calor. Parece que estamos mejor... que ella está mejor; que sus alas se hacen fuertes ante la luz, pues al fin se abrió la puerta; y aunque no los abrazos, sí la sonrisa en los ojos. Y al fin alegría, pero no; y al fin un respiro; pero no; y el mundo al fin suyo; pero nunca del todo. Siempre tiene que rendir cuentas a alguien, pues la sociedad no se ordenó para ser independiente en su generación, para desplegar las alas. Y en ese mismo interludio, de repente se hace de noche, y llega el metafórico frío; ese que se cuela en los huesos y hasta en las entrañas. Hay que cerrar del todo, pero a medias, y duele más que la primera vez, porque el espacio ahora se hace más pequeño, y ella quiere volar. Pero ha de guardar las alas en un cajón, con la esperanza de recordarlas mientras persigue sus metas desde el encierro del alma.

Algún día volará.

**P
I
D
E

U
N

D
E
S
E
O**

Loreto María Larra

¿Mascarilla? Listo.

¿Gel hidroalcohólico? Listo.

¿Miedo al contacto físico? Listo.

Bien. Ya puedo salir.

Espera.

Las llaves.

Ahora sí.

Salgo de casa, con mi abrigo y un bolso de plástico que luego podré limpiar con un trapo y alcohol. Estamos en diciembre y ya no uso bufanda, después de todo la mascarilla crea una especie de microclima cálido en mi cara. Antes me gustaba este mes porque olía la lluvia, el frío, las castañas y el chocolate con churros; ahora solo huelo mi aliento con olor a menta.

Es una época extraña. Las calles están iluminadas con miles de luces de todos los colores, los escaparates están adornados de tal manera que parecen llevarte a otro mundo, y los niños pasean felices por las calles. Pero hay colas para entrar a las tiendas, hay la gente parece más fría y nos apartamos los unos de los otros por miedo al contagio.

Cuando hago la compra semanal ya no oigo charlas sobre lo que van a comer en Navidad o lo que van a regalar, sino que hablan de pruebas médicas, enfermedades y soledad. Como si nos hubiéramos quedado atascados en la primera parte de un anuncio de la lotería, esa en la que el señor mayor está solo en casa y no parece que vaya a recibir noticias felices. Aunque también parece que estemos en el día de la marmota, donde cada día ocurre lo mismo y parece que nada avanza, aunque empiece a haber soplos de esperanza.

Cuando pensábamos en el fin del mundo o en un apocalipsis, lo que se nos venía a la cabeza eran ciudades asoladas llenas de extrañas criaturas que querían matarnos.

Al menos, eso es de lo que se llevaba años hablando en las películas de Hollywood y en los libros de ciencia ficción. La realidad ha acabado siendo bastante diferente y, una vez más, menos fantasiosa.

Los jóvenes hemos cambiado la ropa apocalíptica por pijamas y ropa cómoda para sentarnos en una mesa y seguir las clases online. Las armas imaginarias por ordenadores y los viajes a supermercados vacíos a unos repletos de gente con carros llenos hasta arriba. Desde luego, nada parecido a la ficción que habíamos devorado durante meses, aunque alguno te diría que los zombis bien podrían ser las personas que se arrastraban con cestas llenas de papel higiénico que temían perder.

El comienzo de esta pesadilla tampoco comenzó como cualquier película del fin del mundo. Las calles no se llenaron de coches queriendo huir del país, sino que las ciudades se volvieron fantasmales y las casas se llenaron de gente que no se veía diariamente más de dos horas al día. Tocó redescubrir a las personas con las que vivíamos y luchar por mantener la salud mental. Las cocinas se llenaron de olor a bizcocho y pan, las terrazas de aplausos y las habitaciones de adolescentes asistiendo a clase.

Vimos subir las cifras desde la comodidad de nuestros hogares y bajar, semanas después, llegando a ver cómo parecía que volvía a salir el sol. Nuestras manos se llenaron de heridas por tanto lavárnoslas con el hidrogel, las caras se llenaron de granos por el vaho de nuestros alientos y cuando salíamos a hacer la compra, nuestras piernas temblaban con cada paso que dábamos. Nos cambiamos los roles. Dejamos a padres, abuelos y tíos en casa, saliendo jóvenes a hacer la compra y los recados de nuestros parientes más frágiles. Intercambiamos bares y cerveza, por guantes y carros.

Y llegó el verano y el sol nos hizo salir de casa, con botes de gel en los bolsillos y con la incertidumbre de si la suerte estaría de nuestro lado. Fuimos a playas escondidas, nos metimos en el mar y recuperamos el tiempo que parecía haberse paralizado durante meses. Con distancia, volvimos a reunirnos, a tomar cervezas frescas y pinchos de tortilla. Llenamos bares, restaurantes y heladerías, jardines, calles. Cualquier resquicio al aire libre se cubrió de toallas, sillas y carros con dos metros de distancia.

Pero el otoño llegó y el sol pareció esconderse. Volvimos a nuestras casas, a nuestras pequeñas burbujas y el calor humano pareció desaparecer. El miedo volvió a instalarse en nuestras casas y el frío nos recibió con los brazos abiertos, haciéndonos compañía en las terrazas y jardines que no abandonamos.

Pero ha llegado diciembre y la esperanza parece estar plantándole cara al temor, mientras nos susurra que ya queda menos para volver a abrazarnos, chocar las copas y jugar a la lucha de pulgares. Que las clases online se quedarán atrás, volviendo todos a nuestras aulas y no teniendo que abandonarlas por brotes. Y que podremos ver a nuestras abuelas y dejarnos abrazar por ellas, mientras nos dicen que tenemos que comer más.

Hoy disfruto del aire fresco que me ha saludado nada más poner un pie en la acera. En las manos llevo una caja de cartón con un bizcocho dentro. Hoy celebramos un cumpleaños en el que no se podrán soplar las velas ni cantar «Cumpleaños feliz» mientras la otra persona se sonroja. Mi amiga cumple veinticinco años, los mismos que yo hace dos meses, y ha pasado el tiempo tan rápido que me sorprende de que ya tengamos esta edad. Aunque, a la vez, ha pasado tan lento estos meses que no me esperaba llegar nunca a este día.

Cuando llego a su casa, toco el timbre y, mentalmente, me apunto limpiarme las manos en cuanto llegue a su casa. La pandemia me ha hecho pensar en cuánta gente toca cada milímetro de la superficie de este mundo, lo que hace que use el gel cada vez que me despisto o tengo que tocar algo por necesidad. Ya llevo cinco botes gastados.

Carla, mi amiga, me abre la puerta y sonrío al ver que traigo comida, me deja pasar y me acompaña a la cocina. Lleva la mascarilla puesta, como las otras tres personas que hay en casa. Le pido que me dé un plato llano y grande para poner el bizcocho, pero que ya lo saco yo para que lo toque la misma persona. Ella lleva los platos y cubiertos a la terraza, donde las ventanas están abiertas y podemos sentarnos con la suficiente distancia para no contagiarnos. Y yo me lavo las manos con jabón, mientras en mi mente canto *La Macarena*.

Mientras saco el bizcocho, no puedo evitar sonreír tras mi mascarilla. Llevo meses viendo a las mismas personas, igual que ellos, para no arriesgarnos nosotros ni

nuestras familias y no podía haber elegido una burbuja mejor. Esta está llena de risas, planes y seguridad. Cuando ya lo tengo todo preparado, aviso a Marta y esta pone la canción de cumpleaños de los payasos de la tele. Si no podemos cantar nosotros, al menos que haya alguien que lo haga.

Llevo lo que va a ser nuestra merienda, que es el bizcocho de chocolate con crema de queso por encima, y camino por la casa con cuidado para no tirarlo. Cuando lo dejo encima de la mesa, me fijo en que Carla ha sacado un juego para aprovechar la tarde. Al acabar la canción, aplaudimos y nos quitamos la mascarilla con cuidado para poder comerla, además de beber de los botellines que nos ha sacado. Hay dos cervezas, una para Marta y otra para Luis, zumos de naranja para Carla y Marcos, y un batido de chocolate para mí.

Hablamos y reímos, disfrutamos de la comida y de la bebida, poniéndonos la mascarilla cuando terminamos. Jugamos una partida al juego de mesa, que va de construir ciudades, y evitamos preguntarnos por nuestras familias y hablar de lo que hay allí fuera. Tratamos de no hablar de aquello que nos duele, de lo que nos entristece, por nuestra salud mental y para disfrutar de este momento de alegría.

Lamentablemente, llegan las nueve de la noche y tenemos que marcharnos, decir adiós a Carla hasta la siguiente semana. Me ofrezco a tirar la caja de cartón que traje yo, para que nadie más tenga que tocarla, y bajamos por las escaleras para no entrar al ascensor. Nos despedimos con sonrisas que no vemos, pero que nos imaginamos al ver cómo se nos entrecierran los ojos, y prometemos tener cuidado. Cuando los cuatro salimos del edificio de nuestra amiga, volvemos a despedirnos y cada uno vamos por un lado, caminando y sintiendo el frío helador en nuestra cara.

No sé qué habrá pedido ella en sus velas imaginarias, porque sé que en su mente las ha soplado. Pero sí sé lo que pedí yo: que esto acabe pronto y nos podamos volver a abrazar. Porque un apocalipsis en pijama, mientras sigues estudiando y haces repostería está bien para un ratito, pero desde luego no para mucho tiempo.

Por suerte, parece que mi deseo se va a hacer realidad.

C
I
E
R
R
A

L
O
S

O
J
O
S

Y

D
I
M
E

Q
U
É

V
E
S

Alexia Flor Lorenza

Si cierro los ojos aún puedo ver esa oleada violeta de hermanas, hijas, amigas y compañeras. Juntas recorrimos las calles de Santander, desde Puerto Chico hasta el Ayuntamiento; y aunque era 8 de marzo y el ambiente era gélido, el calor de la sororidad se hacía hueco en nuestra piel.

Normalmente, a las mujeres nos hacen sentir pequeñas, débiles e invisibles, pero ese día, todas las “pequeñas” fuimos una. Era imposible no vernos, era imposible no escucharnos y, sobre todo, era imposible no sentir nuestra fortaleza. Juntas nos hicimos visibles al grito de: “Si nosotras paramos, se para el mundo”.

Lo que ninguna de nosotras sabía, era que el 13 de marzo el mundo se pararía.

Tradicionalmente el número 13 siempre ha sido asociado a la mala suerte; desde el Cristianismo, en el que Jesús era el comensal número 13, justo antes de ser traicionado y asesinado. Como también, en la mitología vikinga, en la que Loki era el decimotercer Dios, cuyos atributos se basaban en la maldad y la astucia. Incluso hoy en día este miedo irracional por el número 13 se ha materializado en multitud de ciudades que lo evitan; tanto en sus calles como en sus edificios.

Si cierro los ojos, alcanzo a oler el sudor aglutinado con la humedad de aquella minúscula biblioteca, en la que los universitarios nos afinábamos para estudiar. Era el día antes a que el mundo parase y la biblioteca de mi barrio estaba llena.

A mi derecha estaba Sofía, aunque para ser sincera cada día era más difícil reconocerla. Vivía tan inmersa en los libros que se estaba olvidando de comer, aguantaba los días en ese zulo con la ayuda de cigarrillos y bebidas energéticas. No sé si dormía ahí, pero cada vez que iba a la biblioteca ahí estaba, en el mismo lugar y con la misma ropa; una sudadera ancha gris, unos leggins morados desteñidos, unas playeras negras con la suela manchada de verdín y su característico nido de pájaros en la cabeza. Aunque, a decir verdad, la sombra que asomaba bajo sus enormes ojos y las innumerables latas de bebidas energéticas vacías sobre la mesa, me hacían sospechar que, aunque igual pasaba las noches ahí, las pasaba despierta bajo la presión del refulgente flexo y la tensión por conseguir la beca.

Empecé a mirar mis apuntes con desesperación, esa extraña sensación de haber

olvidado todo me invadía. Cada vez las palabras estaban más borrosas, era incapaz de centrar la atención en el papel. Miré a mi alrededor y me sentí intranquila, de alguna forma mi intuición me decía que algo estaba mal, empecé a mover la pierna izquierda con impaciencia mientras leía continuamente el mismo maldito párrafo, era inútil, estaba perdiendo el tiempo. Me levanté con sigilo de la silla y recogí mis cosas.

— *Hasta mañana* — susurré a Sofía antes de salir.

— *Sí...* — murmuró sin despegar la mirada de sus libros

Al llegar a casa todo parecía normal, hasta que al caer la noche empezaron las primeras noticias de lo que parecía el apocalipsis.

Vivir en un completo sinvivir fue realmente sorprendente, la primera reacción de la humanidad fue una mezcolanza entre desesperación y egoísmo. La gente arrasó supermercados como si verdaderamente hablásemos del final de los tiempos. La parte animal de las personas se hizo más presente que nunca, y por otro lado vislumbé en algunas otras su parte solidaria mucho más fuerte.

Las semanas del encierro pasaron gradualmente y la sensación de incertidumbre nos pesaba a todos, nadie sabía que iba a pasar y lo único que en la televisión se anunciaba eran muertes y contagios. No solo la esperanza estaba marchita si no que la gente empezaba a arder de rabia hacia nosotras, las mujeres.

Las mujeres como brujas que fuimos y somos, habíamos predicho el terrible parón del mundo, anunciando a viva voz: “*Si nosotras paramos, se para el mundo*”. Y por supuesto, desde la prensa fuimos acusadas por nuestra supuesta irresponsabilidad civil, habíamos provocado la pandemia del Covid-19. Parece ser que a los medios no les interesaba hablar de la pandemia machista, ni antes ni durante el virus. Una vez más, nos hacían sentir las pequeñas y débiles que no somos, ni nunca hemos sido.

Pero de pronto un nuevo acusado subió a la tribuna. Ya no era solo cuestión de género, era también de edad, los jóvenes éramos directamente responsables, ya que no teníamos conciencia cívica, nos saltábamos la cuarentena y organizábamos fiestas ilegales. O al menos esto era lo que decían los hombres de más de 50 años,

con exorbitantes delirios de grandeza al tener un minuto de fama en las pantallas.

Pero, a pesar de los juicios de valor que impartía la prensa, al cerrar los ojos, veo la imagen de mujeres como mi vecina Teresa; que durante toda la cuarentena ayudó; haciendo compañía y saliendo a hacerle la compra a la anciana que vivía en el 20A. Esta era una señora de lo más peculiar; siempre vestía de verde, pero no de un verde botella o de un verde pistacho, ni siquiera de un verde alga, siempre el mismo tono de verde, ese verde esmeralda tan ilusorio que todo el mundo contemplaba con el ojo crítico de un artista y ponía en duda si era realmente verde o azul.

Como ya he dicho la anciana del 2ºA no era una señora al uso, a pesar de lo colorida y alegre que era su apariencia, era bastante ermitaña, no le gustaban los niños ni los animales y siempre murmuraba juramentos por lo bajo. Era tan solitaria e independiente que no imaginé que se dejase ayudar, aún menos que la ayuda viniese de Teresa, la hija mediana de mi vecina Carmen, una chica de 23 años que había dejado los estudios a causa de un trastorno de ansiedad generalizado y que nunca salía de casa más que para ir al psicólogo y al médico y siempre acompañada de su madre.

Durante la cuarentena Carmen me llamaba constantemente por teléfono, era nuestro momento de socialización y por muy terrible que fuesen las noticias, su voz melosa siempre lograba tranquilizarme. Carmen y yo nos sacábamos 25 años y a pesar de esa gran diferencia generacional, nos entendíamos a la perfección.

Un día me contó que Teresa estaba haciendo terapia de forma telemática, al decirme esto no pude evitar pensar en aquellas personas que perdieron su trabajo, no pude evitar pensar en Débora.

Aún resuena en mi cabeza los llantos, la voz quebrada y los silencios rotos acompañados de tristes suspiros, que emitía Débora a través del teléfono, al contarme que la habían despedido. Posiblemente era el trabajo peor pagado y peor valorado, pero, al fin y al cabo, era el trabajo que le daba alimento y techo a final de mes. Ella era una inspiración para mí, siempre me mostró su irradiente fortaleza hasta el último momento y creo que es por esto que, la grabación de sus llantos ha quedado grabada con fuerza en mi memoria.

Si cierro los ojos e inspiro profundamente, aún puedo oler el aroma a vainilla de los bizcochos que hacía mi vecina Blanca al maltratador de su marido. Blanca estaba envuelta en otro tipo de virus, posiblemente más letal y más violento que el del Covid-19. Por suerte las vecinas conocíamos su situación, Carmen y yo siempre estábamos alerta de cualquier indicio, por leve que fuese, pero en este caso nuestras opciones se quedaban reducidas a llamar al 016 y esperar.

La primera vez que achuché el trémulo alarido de Blanca durante la cuarentena, recuerdo como el vello de mis brazos se erizó y mis piernas se volvieron más pesadas e inestables. Carmen siempre fue más impávida que yo, pero esta vez ella estaba de guardia en el hospital, tenía que ser yo quien hiciese la llamada. No os deseo nunca esta responsabilidad, sentir que al otro lado de tu pared puede estar siendo asesinada una mujer y tener que esperar la ayuda con consternación.

Tras este episodio llamé a mi abuela Felisa para tranquilizarme, ella vivía en una residencia de la tercera edad muy cerca de mi edificio, llevaba ahí desde hacía tres años, justo la ingresamos a la semana de mi vigésimo cuarto cumpleaños. Al principio mi hermano y yo nos hacíamos cargo de ella, pero el alzhéimer fue creciendo y supuso una atención más constante. Mi hermano se lesionó la espalda en más de una ocasión intentando bañarla, yo por mi parte empecé a compatibilizar mis estudios con trabajo para poder costearme el piso, así que el 14 de junio de 2017, con un profundo vacío en nuestro interior, entre lágrimas y abrazos la ingresamos.

— *¡Hola Abu! ¿Qué tal el día?* — le pregunté con una sonrisa enmarcando mi rostro, como si pudiese verme.

— *¿Has escuchado a los pájaros? Están contentos* — me respondió con la voz apagada.

— *¿Y por qué crees que están contentos si no pueden verte pasear en las mañanas?* — le bromeé.

— *Ya saben...que están solos...* — titubeó suspirando.

Tras esta conversación, no pude evitar escuchar todas las mañanas el dulce cantar de los pájaros, que se escondían entre las tejas del edificio, situado frente a la

ventana de mi escritorio. Los pájaros se sentían más libres que nunca, realmente estaban contentos. Sabían apreciar la soledad y la vida más allá del nido.

No sé qué te ocurre a ti al cerrar los ojos y pensar en la pandemia, pero al hacerlo yo, escucho los llantos de Débora y el gorjeo de las aves y huelo los bizcochos que Blanca dejaba enfriar sobre la repisa de la ventana. En definitiva, al cerrar los ojos veo a estas mujeres; hermanas, hijas, amigas y compañeras luchando día a día. Porque a pesar de que el mundo paró el 13 de marzo, nosotras demostramos que eso no era suficiente para pararnos.

¿
Q
U
É

P
O
D
R
Í
A

S
A
L
I
R

M
A
L
?

María Blanca Carrera Peereda

Septiembre de 2019

Por fin sucedió. La oportunidad laboral que llevaba años buscando apareció ante mí sin previo aviso. Con doce horas de antelación, tuve que despedirme de Santander, la ciudad que me vio nacer y crecer, para mudarme a Navarra. Decir adiós a mi familia, a mi pareja y amistades no fue fácil. Tampoco lo fue despedirme de mi ciudad y tener que mudarme por motivos laborales, pero es algo por lo que muchas personas hemos tenido que pasar. Con el miedo y la incertidumbre propias de este tipo de situaciones, me embarqué en la aventura.

Tras un mes de lo más caótico durante el cual tuve que adaptarme a un nuevo entorno y trabajo, me asenté en un nuevo piso y comencé a disfrutar de lo que esta nueva experiencia me iba aportando. Estaba encantada con mi recién estrenada independencia y, además, adoraba mi trabajo. Mis compañeros/as eran maravillosos/as y los habitantes de esa preciosa localidad navarra me acogieron con mucho cariño. Todo ello aliviaba el malestar generado por tener que estar lejos de las personas que quiero. *“Sin duda, éste será mi año”*, pensé. Por fin independizada, pudiendo subsistir por mi cuenta, ahorrando y consiguiendo experiencia laboral. El precio a pagar era no poder ver a mis seres queridos con frecuencia. Pero era un sacrificio que estaba dispuesta a hacer por el bien de mi futuro profesional. Además, sería una fase temporal y podría visitarles siempre que quisiera, así como recibirles en mi nuevo hogar. Navarra no está tan lejos de Cantabria. Nada podría impedírmelo, ¿verdad? ¿Qué podría salir mal?

...

Nada de lo que había vivido y previsto hasta entonces pudo haberme preparado para lo que iría a suceder cinco meses después.

...

Marzo de 2020

Entonces llegó la pandemia de COVID-19 y el posterior confinamiento. Llevábamos semanas siguiendo su evolución alrededor del mundo y, como con muchas otras enfermedades, pensábamos que nunca llegaría a nosotros/as o, al menos, no con la virulencia

con la que lo hizo. A pesar de que las noticias al respecto eran cada vez más desalentadoras, yo seguía llevando una vida relativamente normal. Extremaba las precauciones, pero trabajaba, compraba, salía, paseaba, socializaba, viajaba con total libertad... hasta que se decretó el estado de alarma el 14 de marzo de 2020. Ese día supuso el fin de la normalidad a la que llevábamos toda la vida acostumbrados/as. Y fue un golpe muy duro para todos/as, pero experimentarlo lejos de las personas que aprecias lo convirtió en una experiencia de lo más dolorosa.

De un día para otro, se prohibió salir de casa para cosas que no fueran servicios esenciales o comprar suministros. Empecé a teletrabajar y a salir lo imprescindible. La libertad de poder viajar a Santander cuando quisiera desapareció de mi horizonte y fue sustituida por el miedo, la desesperación y la impotencia ante una situación que nos venía grande. No podía visitar a mis familiares ni amigos/as, ni darnos muestras físicas de afecto que, en ese momento, era lo que más anhelábamos.

Tener que lidiar en solitario con la incertidumbre de una pandemia y con el posterior confinamiento domiciliario fue duro, durísimo. Al principio, intenté convencerme del lado positivo: tendría más tiempo para dedicarme a mis aficiones, descansar... pero nada de eso fue verdad. Mi trabajo y estudios se convirtieron en un refugio para evitar pensar en lo que estaba sucediendo y a ello dedicaba gran parte de las horas del día. A su vez, también se convirtieron en la cárcel de la que yo misma no me permitía salir para evitar pensar en la situación actual. Mi ordenador se convirtió en la herramienta indispensable para poder trabajar y estudiar a distancia, así como en el principal medio de comunicación con el mundo. Ver a mis seres queridos a través de la pantalla me alegraba en cierta manera, pero, a su vez, me desangraba por dentro. Echaba de menos estar a su lado, sus muestras de cariño y la calidez de sus abrazos. El contacto físico se convirtió en algo que anhelaba intensamente y que, cuanto más lo deseaba, más difícil se tornaba su ausencia.

Me obsesioné con la pandemia y me volví adicta a la necesidad de disponer de la información más actualizada sobre contagios y fallecimientos por COVID-19. Sabía que no me beneficiaba, pero la ausencia de estas noticias me generaba una ansiedad a la que no me sentía capaz de enfrentarme. Y, para ser honesta, dicha información tampoco me otorgaba ningún tipo de beneficio, sino que incrementaba aún más mi malestar e impotencia ante una enfermedad que se definía día a

día como imparable y para la que no existía cura.

Tras varios días de torrentes constantes de información sobre nuevos contagios y muertes, que no dejaban de aumentar día tras día, tomé la decisión de apagar el televisor y desconectarme de las redes sociales y noticias relacionadas con la pandemia. Al principio experimenté algo similar al síndrome de abstinencia, tal y como sucede con muchas adicciones, ya que necesitaba saber lo que pasaba cada minuto. Sin embargo, afortunadamente, mi parte racional supo poner freno a esa espiral enfermiza de información en la que había entrado y que me estaba causando tanto sufrimiento. Con ello, limité mi dosis de información diaria solo para conocer cómo evolucionaba la pandemia en Cantabria.

Durante el día intentaba distraerme a toda costa con mi trabajo y estudios. Cualquier cosa que me ayudara a no pensar en lo que estaba sucediendo era bienvenida. Sin embargo, a pesar de terminar agotada durante el día, me despertaba en mitad de la noche con mucha ansiedad ante lo que estaba sucediendo. No lo terminaba de creer, no podía asumirlo. Solo quería dormir, estaba agotada, pero mi mente se convirtió en mi peor enemiga bombardeándome a preguntas nocturnas sin respuesta: ¿cómo podía haber cambiado tanto el mundo de un día para otro? ¿Cuándo podría ver a mi familia en persona? ¿Y a mis amigos/as? ¿Cuándo podríamos volver a fundirnos en un abrazo, sentir la calidez de un beso, decirnos “*te quiero*” cara a cara? Cogernos de la mano, mirarnos a los ojos, llorar de felicidad al poder ver y sentir a la otra persona, ver con mis propios ojos que se encontraban bien.

Analizándolo en perspectiva, era una afortunada. Todo mi entorno se encontraba sano y no se habían visto afectados por el COVID-19. Además, había mantenido mi puesto de trabajo, algo que la pandemia se llevó por delante para muchas personas. Sin embargo, yo no era capaz de verlo así. Mi salud mental se vio afectada y todos los días caía rendida en mi cama, a pesar de no haber hecho ningún esfuerzo físico notable durante el día. La ansiedad, el malestar y la impotencia se adueñaron de mí. El hecho de poder refugiarme en el trabajo y estudio gran parte del día me causaron una gran sobrecarga mental que, a la vez que me mantenían ocupada y distraída, evitaban que el malestar psicológico aflorara durante el transcurso del día.

Sin embargo, esa ansiedad se cobraba su precio durante las noches, que hacían aflorar a mis demonios. La ansiedad y malestar reprimidos durante el día cobraban

vida en las largas horas nocturnas del confinamiento. Los sentimientos de soledad, desesperación e impotencia que experimenté durante esas noches se convirtieron en algunos de los peores momentos de mi existencia. Las noches eran interminables y agotadoras, más incluso que las horas del día, ya que todo aquello en lo que había evitado pensar durante el día me torturaba cada noche sin piedad. Cada hora que conseguía dormir era un momento de descanso cerebral para mí, en los cuales no conseguía pensar en nada. Tantas horas despierta y agotada hacían que consiguiera dormir unas horas, aunque fuera de manera intermitente.

Los días laborables eran los mejores, ya que podía estar ocupada con muchas actividades que requerían mi atención. A pesar de que en ese momento no me apeteciera abordarlas, al ser temas relacionados con trabajo y estudios, era capaz de encontrar las fuerzas que necesitaba para realizarlas. Sin embargo, los fines de semana pasaron de ser días de descanso que todos/as anhelábamos a convertirse en días que, de haber podido, hubiera evitado a toda costa.

Los sábados y domingos eran cuarenta y ocho horas tediosas e interminables. “Aprovecha para descansar y realizar las actividades de ocio que no has podido hacer entre semana”, me decían. Yo lo intentaba. Lo intentaba con todas mis fuerzas, pero no funcionaba. Intentaba refugiarme en la lectura, actividad que me encanta, ya que soy una ávida lectora, pero ni siquiera eso funcionó. Practiqué deporte, que también disfruto mucho, pero no poder salir de casa supuso un detrimento a la realización del mismo. Finalmente, lo intenté con la música. Y, por suerte, en ella encontré un verdadero refugio a los pensamientos que me atormentaban. Los fines de semana también aprovechaba para hacer videollamadas con las personas que quiero. Ver sus rostros en la pantalla, sus sonrisas, sus muestras de afecto (virtuales) y las conversaciones que teníamos me ayudaron a sentirme un poco más cerca de ellas. Dichas llamadas pasaron de ser momentos que me rompían debido a la distancia, a momentos de calidad con los que aprovechar para socializar, ponernos al día y hablar de algo que no fuera el COVID-19.

Tras unas primeras semanas de confinamiento domiciliario muy duras, comencé a adaptarme a la nueva realidad. Empecé a entender y asumir las distancias y ausencias de mis seres queridos y a encontrar verdadero placer en las actividades que he descrito anteriormente. Por fin podía concentrarme en la lectura de un libro y aprendí a sentirme bien sin necesidad de tener que ocupar mi mente con algo

para no pensar en la pandemia. El deporte en casa me ayudó a liberar tensiones y a realizar las actividades que vendrían después con mayor predisposición y una actitud positiva.

Poco a poco, la situación de la pandemia en nuestro país se fue estabilizando y el confinamiento domiciliario empezó a dar sus frutos. Los casos fueron descendiendo, al igual que los fallecimientos. Las noticias eran cada vez más alentadoras y, poco a poco, los territorios comenzaron a abrirse paulatinamente. Las personas de mi entorno se encontraban bien, pero el confinamiento y las ausencias se nos habían antojado excesivamente largos y anhelábamos poder vernos y sentirnos de nuevo a la mayor brevedad posible.

Finalmente, ese día llegó. Volví a ver a los/as que quiero en persona y, aunque las muestras físicas de afecto se han visto muy limitadas, poder tener cerca a estas personas de nuevo me ha hecho valorar cada minuto que paso con ellas. Mis lazos con ellas se han reforzado y haber mantenido contacto en la distancia nos ha hecho bien a todos/as.

La pandemia también trajo consigo profundos momentos de reflexión. Comencé a pensar en el pasado, errores que había cometido, personas con las que (injustamente) me había distanciado por circunstancias diversas y me comprometí a cambiar todo lo que pudiera por mi parte, tan pronto como encontrara la entereza y fuerza necesarias para llevarlo a cabo. Esto me trajo de vuelta amistades, personas muy importantes en mi vida con las que me había distanciado durante años. Es curioso que tuviera que venir una pandemia para recordármelo, pero esto es algo positivo que ha sucedido este año tan extraño para todos/as.

Ahora mismo nos encontramos inmersos en la segunda ola y, aunque esta situación ya no nos pilla por sorpresa, la cercanía de las fechas navideñas hace que todo se esté tornando impredecible. Sin embargo, quiero pensar que ahora estamos más preparados a todos los niveles, tras el confinamiento severo de marzo y, a nivel emocional, es más sencillo lidiar con las medidas que tenemos vigentes actualmente, como los cierres perimetrales o las limitaciones horarias.

Nunca he sido una persona muy efusiva ni de excesivas muestras físicas de cariño. Sin embargo, esta pandemia me ha hecho darme cuenta de lo mucho que necesi-

tamos los abrazos, los besos y, en general, el contacto físico con los nuestros. Mi sueño (y el de muchas personas) es que dispongamos de una vacuna lo antes posible y volver a recuperar nuestras vidas tal y como eran antes del inicio de la pandemia. Aguardo con alegría y grandes expectativas ese momento en el que podamos volver a tener el contacto físico que teníamos antes de marzo. Quiero y necesito regalar muchas muestras de cariño a mis seres queridos.

Finalmente, cuando ese momento llegue, tengo una cosa muy clara: no habrá nada que me impida sentir la calidez de una mirada a unos pocos centímetros de distancia, o la ternura de un beso, ni fusionarme en un abrazo interminable con las personas que quiero.



Laura Olea López

El confinamiento me llegó sin casa, empezando un trabajo en otro país y totalmente perdida de mis prioridades en general y sin perspectivas de mi futuro. Ante tal ataque de pánico me instalé en unos brazos ajenos, su casa fuera de mi círculo, claramente otra situación: una zona de gama alta de una gran ciudad. Alta en todos los sentidos, grande a todos los niveles: ático con vistas a la vida del 1%, población poco diversa, gente mayor, buenos coches... El privilegio hecho barrio, materializado en un escenario urbano que daba paz. O al menos no daba guerra aparente. Mi pánico disminuyó, me sentí segura.

Durante una de las sesiones de aplausos diarios, me asomé a ese barrio tan ajeno a mí que me hacía disfrutar del ejercicio de ventana indiscreta hacia las familias vecinas, sus salones, modos de hacer, ‘Resistire’ suena... de pronto aparece a mi izquierda una imagen: mientras una familia aplaudía en uno de los balcones cercanos, se veía a través de la ventana de la cocina de esa casa una mujer muy atareada, haciendo la cena. Llevaba lo que parecía un uniforme sanitario, mascarilla, tenía mucho que hacer y obviamente no aplaudía. Incómodamente nuestras miradas se cruzaron por un segundo. Dejé de asomarme por esa ventana.

La seguridad del privilegio desapareció: Mi madre tiene el mismo uniforme. Mi madre tiene un uniforme de aspecto sanitario aunque azul muy vivo, “*así las manchas se ven menos*”. Lo tiende religiosamente cada fin de semana. Lo utilizó durante el confinamiento, el desconfinamiento, el agosto de vacaciones, el puente del Pilar igual que cualquier otro puente mucho antes de que llegara ninguna pandemia. Mientras, en su otro trabajo tiene otro uniforme diferente, y en las casas en las que no cotiza, ella pone su propia ropa. Sea como sea ella limpia, las primeras necesidades varias mientras otros aplaudimos.

Decidí asomarme a otras ventanas. Algunas interiores, pasadas, melancólicas. Algunas hacia el exterior para buscar vistas inalcanzables desde aquel aséptico barrio tan y tan alto. Decidí asomarme desde otras ventanas, en otros barrios, habitando otras experiencias y apareció un paisaje muy diferente: había muchos otros tendales con uniformes de primera necesidad. Llevados, limpiados, colocados y vueltos a ensuciar por muchas mujeres que estaban sacando sus trapos a relucir mientras otros aplaudimos. Desde aquellas ventanas se aireaba un cotidiano, el trabajo, los cuidados. Quise verlos ahí tendidos como un gesto de orgullo, “*ojalá esa sí que fuese una bandera*” pensé. Pero la realidad que yo había visto es que no todos los balcones tienen la misma perspectiva.

C
U
A
N
D
O

S
E

F
U
N
D
A

L
A

N
I
E
V
E

Diego Galván Santamaria

Generación Pandemia

No sé cuánto tiempo llevo ahí parado, con la mano quieta sobre la manecilla, pero ha sido el suficiente para que la termodinámica haga su trabajo y que el frío del metal haya sido sustituido por una tibieza agradable. Pienso en cómo he llegado hasta aquí otra vez, en lo que ha hecho que me levante y recorra el camino hasta volver a estar frente a esta puerta, quizá lo mejor sea dar la vuelta y volver a la comodidad. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre la madera de la puerta, noto el suave olor del barniz. Entonces ocurre, mi mano firme hace girar la manecilla, aunque no recuerdo que mi cerebro diera esa orden, ese movimiento no ha sido ocasionado por un impulso nervioso, no ha habido ninguna señal electroquímica.

Cuando entro en la habitación está en penumbra, unas pocas velas colocadas estratégicamente arrojan un poco de claridad, mis ojos, que tardan un poco en hacerse a la falta de luz, recorren toda la estancia como si quisieran examinar con detalle todos los recovecos, buscando un posible plan B de huida, algún punto débil.

Al cabo de unos instantes la veo ahí, sentada en una butaca leyendo con atención un libro, no ha hecho ningún movimiento cuando he entrado. Está más vieja que la última vez que estuve aquí, mucho más. Siempre me he preguntado qué edad tiene, pero no se dan las circunstancias para que le haga un carbono-14 y tampoco creo que eso sea importante ahora. Sigo observándola desde el marco de la puerta.

— *¿Vas a quedarte ahí todo el día?* — dice sin apartar la vista del libro.

Cierro la puerta tras de mí y doy unos cuantos pasos. Me siento en otra butaca frente a ella, una pequeña mesa redonda nos separa, sobre ella hay un vaso con dos hielos y un licor que creo que es ron. Ella sigue mirando el libro, entonces rompo el silencio.

— *Busco respuestas* — digo con firmeza.

— *¿Conoces las preguntas?* — responde ella sin apartar la vista del libro.

Debo reconocer que esa contestación me ha dejado en fuera de juego, durante unos segundos acuso el golpe. Es entonces cuando ella dobla una esquina de la página que estaba leyendo, deja el libro sobre la mesa y me observa con una mirada intensa.

- *Estoy asustado. Me da miedo que las cosas vuelven a ser como la otra vez.*
- *Eso es imposible, ni siquiera tu eres la misma persona que entonces.*
- *Necesito un cigarro — digo mirando al techo como si fuera a caer uno de ahí.*
- *No vas a volver a fumar, y menos aquí — dice ella con un tono de ligero enfado.*
- *¿Dolerá?*
- *Es posible, pero ese dolor hará que te vuelvas a sentir vivo de nuevo.*

Medito unos instantes, intento recordar cuándo fue la última vez que me sentí vivo. Tiene razón, fue hace mucho tiempo. Entonces todo parecía distinto, como si la vida no fuera de verdad en serio. Pienso en todos los días que han pasado, las imágenes vuelven vívidas a mi cabeza y se suceden a tal velocidad que siento que voy a marearme.

Tras unos minutos de silencio se levanta y se acerca hacia la ventana. Con un suave movimiento aparta la cortina justo en el momento en el que una traviesa ráfaga de viento hace caer los dos últimos copos de nieve que se habían acumulado sobre la palmera. Los observa descender mientras anuncia que el huracán está cerca.

Me levanto de la butaca echándome hacia atrás el pelo negro y me dirijo hacia la puerta. Justo antes de marcharme me giro, ella ha vuelto a la butaca, con el libro otra vez en la mano.

- *¿Volveré a verte?* — me pregunta con curiosidad.
- *No creo que vuelva — le digo con seguridad — Ya no me dejas fumar aquí.*

Ella asiente con firmeza mientras sonrío ligeramente, estoy seguro de que si hubiera insistido me habría dejado fumar, pero en realidad, ya no creo que tenga ninguna necesidad de hacerlo. Salgo por la puerta y vuelvo a poner la mano sobre la manecilla, la termodinámica ha vuelto a hacer su trabajo y vuelve a estar fría. Durante todo este tiempo el mundo ha seguido girando....

**P
A
N
D
E
M
I
A**

Lorena Ngongang Ngongang

“*Pandemia*”, enfermedad epidemiológica que se extiende a muchos países o afecta a casi toda la población de una ciudad. Eso es lo que era para mí esa palabra, una palabra que solo había oído hablar en las clases de historia o incluso de literatura. Ese término que para mí no era más que un conocimiento, se convirtió en mi peor pesadilla.

Hace ya un año que dijeron que nos estábamos enfrentando a una grave situación que comenzó como una gripe pero que finalizó como una nueva enfermedad llamada “*Covid-19*”. Jamás me imaginé teniendo miedo de salir a la calle, de acercarme a la gente, de abrazar a mis amigos... Todo ocurrió tan rápido, de un día para otro.

Recuerdo que días antes estuve en Alemania visitando a mis familiares junto a mis hermanos y mis padres. Estaba viviendo una auténtica aventura, recorrí todo lo que pude hasta que llegó un día en el que todo estaba oscuro, era un día lluvioso, frío... Oí como mi padre hablaba con mi madre y le decía que debíamos regresar a España ya que se estaba poniendo difícil la cosa y habían decidido confinarnos en casa en principio dos semanas para poder parar o por lo menos controlar la enfermedad que estaba acabando con la población, una enfermedad que se llevaba cada día mas de mil vidas, que provocaba temor entre los ciudadanos, que hacía derramar lágrimas entre familiares al ver como se les morían sin poder despedirse.

Al principio de la cuarentena no sentí miedo, es más, yo seguía haciendo planes para cuando todo acabara. Ir de fiesta con mis amigas, graduarme, hacer un Interrail... Cada día tenía algo nuevo en mente, estaba ilusionada con que pasasen esas dos semanas y volver a clases otra vez, quién me iba a decir que echaría de menos estar en clase y aguantar a mis profesores.

Los días pasaban y empezaba a ponerme nerviosa porque no veía mejoría sino todo lo contrario. No hacía más que ver en la tele cómo el número de casos aumentaba y sobre todo lo que más me afectaba era ver cómo moría tanta gente, cómo lloraban las familias por no poder despedirse de aquellos a quienes el virus arrebatava la vida. Esa tranquilidad que sentía al principio fue desapareciendo. Me empecé a poner nerviosa al ver las calles vacías, al ver como mi padre tenía que salir a trabajar porque no quería que se viese afectado, como mi madre se hundía al haber tenido que dejar de trabajar y ponerse en ERTE, me mataba ver a mi hermano pequeño de tan solo diez años llorar, estar en otro mundo, desganado,

no querer jugar... ver a mi hermana de 15 años atrapada en sus pensamientos, solo se levantaba para hacer las clases online y después se acostaba y no se levantaba de la cama, apenas comía. Y luego estaba yo, quien se pasaba el día con ansiedad, llorando e hiperventilando, con ganas de morirme. Me sentía atrapada entre cuatro paredes, empecé a pagar mi dolor mental con dolor físico. Estaba sufriendo al ver a mi familia en ese estado de preocupación, al ver cómo estaba sola en mi habitación sin poder ver a las personas que me sacaban siempre una sonrisa, mis amigas. Mentalmente estaba destrozada, ya no era yo, mi mente había dado un giro de 360 grados. Me volví callada, cerrada, empecé a hacer ejercicio por miedo a subir de peso al haber perdido mi rutina de ir a clase, ir al gimnasio... Me enfoqué en estudiar y hacer deporte. Empecé a comer menos y a duplicar las horas de ejercicio.

Ya había pasado un mes y seguíamos en la misma situación, el virus seguía arrebatando vidas y sobre todo provocando problemas a nivel mental sobre todo en la juventud. Muchos jóvenes nos empezamos a cerrar y entrar en un mundo de oscuridad y soledad, en mi caso yo solo veía a una fondona tras el espejo y por ello mi día a día se convirtió en clases online, ejercicio, dormir. Mi madre que estaba en casa se empezó a dar cuenta y tomó cartas en el asunto, me obligaba a comer, pero yo me negaba. No quería comer porque después eso se convertiría en pura grasa que no conseguiría quemar. Tan solo estaba en casa, me pasaba 24 horas metida en mi cuarto, sentada en la esquina pensando, haciendo ejercicio, llorando o estudiando. Los días pasaban y empecé a obsesionarme más y más, lo que llevó a que mi madre decidiese que a pesar de que el hospital era el mayor foco de contagio, mi salud mental y física estaban primero y, por ello, decidió llevarme y me ingresaron. Estuve más de tres semanas en una cama, obligada a comer, sin ver a mi familia porque las visitas se habían suspendido.

Poco a poco se iba apaciguando la situación y los médicos empezaban a tener el control del virus. Esto conllevó que fuésemos volviendo a la normalidad en fases, pero a una normalidad diferente a la que estábamos acostumbrados.

Yo volví a casa cuando en mi ciudad ya se podía salir dentro de una franja horaria en función de si eras una persona mayor, si salías a hacer deporte... Volví a casa mejorada, más tranquila y sobre todo con una fuerza mental mayor que la de antes de esta pandemia.

Durante mi estancia en el hospital me di cuenta de que a pesar de que el virus afectase a muchas personas, sobre todo mayores, no solo te arrebatava la vida o te hacía pasar por una mala racha en la que solo tenías frío a causa de la fiebre, tenías mucha tos, tus órganos se veían gravemente afectados... sino que afectaba psicológicamente.

Hoy en día esta enfermedad se ha ido controlando y ya se puede salir de casa, se puede ir a clase... pero todo con mucha precaución. La cosa es que no solo este virus ha dejado más de un millón de muertes en nuestro país, sino que ha provocado en los jóvenes afecciones psicológicas que han derivado en una depresión provocando que, a día de hoy, lleguen a tener miedo a relacionarse, a salir de sus propias casas... por miedo al contagio. Esto acabará provocando que si algún día todo vuelve a ser como antes estas personas que han acabado sufriendo una depresión por el agobio de estar tanto tiempo metidos en casa no sean capaces de volver a ser como antes, de volver a disfrutar de los pequeños momentos juntos a sus familiares, amigos... Otra de las afecciones mentales son los trastornos alimenticios los cuales han aumentado en gran cantidad a causa de la cuarentena, puesto que jóvenes como yo comenzaron a tener miedo de engordar, a tener miedo de perder su forma física, a realizar ejercicio excesivo como forma de matar el tiempo o para paliar la ansiedad... estos son uno de los grupos de enfermedades mentales más graves que existen, ya que pueden llevar a la muerte.

El hecho de estar metidos en casa tanto tiempo, sin tener nada que hacer, solo hizo que muchos comenzasen a tener tales pensamientos intrusivos que convirtieron a la comida y a sí mismos en sus enemigos.

A día de hoy para mí la pandemia no es ese conocimiento salido de los libros de historia o literatura sino una palabra que me provoca miedo. Tengo temor a salir de casa muchas veces, a quedar con mis amigos, me paso el día viendo las noticias porque a lo que más miedo tengo ahora mismo es a que vuelvan a decretar un segundo estado de alarma y nos encierren en casa otra vez. Sinceramente no sabría como acabaría ya que, si ya he acabado tocada con el primero, con el segundo podría acabar al borde de una depresión importante con tan solo 17 años. Pero ya no solo yo, sino muchos jóvenes, quienes perdieron esas ganas de salir y divertirse provocando que, aún mejorando la situación, sientan miedo de salir y volver a su rutina de ir a clase y ver a sus amigos, aunque sea a dos metros de distancia.

Me da pena ver cómo tanta gente ha perdido a sus familias, cómo amigos de toda la vida han perdido el contacto a causa del miedo, cómo se han producido discusiones porque unos tenían una forma de ver las cosas y otros otra, ya que no comprendían por qué salían de fiesta sin mascarilla sin respetar la distancia de seguridad... Realmente todo esto no es con intenciones de discutir sino por el miedo que tiene la gente a una segunda cuarentena.

Los jóvenes han pasado de no tener miedo a casi nada, de enfrentarse a sus padres, de salir de fiesta... a no ser capaces de hablar con una persona porque han perdido la capacidad de socializar.

Ojalá esto pase y que lo que ha provocado el virus se calme porque ya no solo son muertes como he dicho antes sino miedos, traumas que van a marcar a muchos niños, enfermedades mentales entre otras muchas más.

Mi nombre es Carla y quería compartir mi experiencia para que seamos conscientes de nuestros actos, conscientes de las posibles consecuencias. Hoy en día el número de enfermedades mentales entre jóvenes ha aumentado a cifras muy significativas. Ya no es el Covid el que va a quitar vidas sino lo que ha provocado.

Sé que un día finalmente acabará todo, pero las secuelas que va a dejar supondrán una fuerte lucha, una lucha que cada uno tendrá que ganar. Muchas veces hay que luchar contra nosotros mismos para poder llegar a ese punto de felicidad, un punto en el que estemos tranquilos, nos valoremos y sobre todo nos queramos tal y como somos. La vida está llena de sorpresas y muchas veces éstas son pruebas de la vida para hacernos más fuertes y que podamos afrontar nuevos retos con la confianza suficiente como para no temer a nada y seguir adelante. Los jóvenes tenemos que volver a tener esperanzas e ilusiones y no dejar que un bache nos haga caer sin poder levantarnos, porque cada caída supondrá un levantamiento. ¿Nos caeremos? Sí, y muchas veces, pero nos levantaremos. Ahora toca afrontar este virus con fuerza para salir adelante sin sufrir.

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

Sharon Cabanu

Generación Pandemia

Personalmente, este año ha sido increíble, lleno, con novedades positivas y algunas negativas claro, pero ha sido un año de cambios, un año rico de actividades, de cultura, de personas y de lugares bonitos.

Soy una estudiante de Cerdeña, la isla tan bonita en Italia.

He estudiado biotecnología en la Universidad de Sassari, hecho un trabajo fin de grado en un laboratorio de bioquímica en Helsinki y ahora estoy terminando mis estudios en el curso de Medical Biotechnology and Molecular Medicine en la universidad de Milán.

Cuando elegí de ir a estudiar en Milán en el 2018, ya había elegido el lugar para hacer mi Erasmus, para hacer mis prácticas y trabajo fin de máster...había elegido Santander, en Cantabria. Un lugar tan parecido a mi amada isla, Cerdeña, con un mar precioso y un aire limpia y relajante.

En diciembre 2019 ha llegado el tiempo de hacer las maletas y empezar una nueva vida en España. Me mudé a Santander sin imaginar que mi vida sería tan diferente de como la había programado.

Enero fue un mes de examen, volví a Italia por algunos y cuando regresé a España tuve la oportunidad de conocer algunas personas y lugares de Santander, estudiantes Erasmus, ESNers y algunos devinieron amigos muy buenos.

Pero algo cambió y nuestra vida con eso.

En marzo empezaron las restricciones debidas a la pandemia, para luchar contra sars-cov-2, contra su enfermedad COVID19, contra la enfermedad y la crisis sanitaria. Así que mucha gente volvió a su país y no hubo posibilidad de encontrarnos más.

Desde entonces, mi vida ha dado una vuelta y estoy muy contenta por eso.

Había que quedarse en casa solos todos los días, así que me organicé, cada día iba haciendo mis cositas como despertar pronto y prepararme para el nuevo día.

Empecé con el deporte en casa ya que los gimnasios habían tenido que cerrar... tenía el día muy organizado, tenía que limpiar, cocinar, estudiar, relajarme y hablar con las personas en mi corazón.

También contacté con la asociación de vecinos cercana para dar mi disponibilidad en ayudar a los otros vecinos con necesidades (por ejemplo para hacer la compra o cosas similares).

Por un mes y medio he estado sola en casa, saliendo muy pocas veces para recados imprescindibles, pero al final he ido a cuidar los niños de una familia de amigos que tengo aquí en España, y así mis días han sido mas llenos y alegres con los peques bonitos que me hacían sonreír siempre y reír "ehehe".

Han sido meses duros donde he tenido que adelantar mis estudios y mis prácticas, pero he aprovechado de cada momento para estar activa, con el deporte con la cocina y con los demás.

Esos momentos nunca me hicieron sentir mal porque estaba tan llena de actividades que no tenía tiempo para deprimirme.

He decidido ir a visitar a mi familia en Cerdeña en julio...después 14 días de cuarentena auto impuesta (si, nadie me ha pedido una PCR, nadie me ha pedido hacer ningún control), he podido abrazar a mi familia y aprovechar un verano hermoso cerca de ellos. He visitado muchos lugares, aprendido a cocinar nuestros productos típicos y vivido momentos increíbles con mi familia y amigos.

Tuve un cambio increíble también a nivel de nutrición y de equilibrio, y conocí cómo amar y alimentar de la mejor manera mi cuerpo, descubrí mi mejor versión en el lleno de una pandemia ...todo esto me ayudó muchísimo para fortalecer mi cuerpo y mi mente en estos días tan difíciles.

En septiembre he vuelto a Santander, la situación ya estaba un poco mejor y hemos podido viajar más y aprovechar para encontrar nuevas personas de todo el mundo.

Conocí a mis nuevas compañeras de piso con quien he podido viajar a la Rioja y al País Vasco en las semanas de octubre, y participar en algunos eventos de

estudiantes como el “Welcome Party”, me apunté también a varios eventos con Espacio Joven, con el gimnasio y seguía en contacto con la asociación de vecinos. Bueno, al final de octubre, otra vez hemos tenido que cortar el contacto directo y muchos eventos han sido eliminados o trasladados online. Pues muy bien.

Igualmente, he participado en todos porque lo que creo es que hay que tener energía para seguir adelante y completar los sueños y todos nuestros deseos pase lo que pase.

Han sido claramente meses diferentes, donde he tenido que ajustar mis estudios, mi trabajo y un cambio mental, espiritual (he empezado yoga también) y físico que me ha hecho mejorar mucho y devenir una mejor persona.

Ahora estoy aquí, lista para empezar mis prácticas en enero en un laboratorio de biomedicina de Cantabria, y estoy encantada de haber esperado hasta ahora y no haberme rendido.

Cuando alguien me preguntó si quería volver a casa por la pandemia, respondí que “no” porque Santander era el lugar donde había decidido vivir, y tenía que quedarme por lo bueno y por lo malo, ¿no? Y mi vida ha sido tan creativa y bonita igualmente. Tampoco quería viajar en el boom de esta pandemia, así que me quedé, y cuando me preguntaron si quería volver para hacer las prácticas en Milan... mi respuesta fue la misma... que yo iba a esperar hasta que pudiera hacer mis prácticas donde yo misma había elegido desde el primer día.!

Entonces ahora ha llegado ese tiempo y soy muy feliz por nunca haberme rendido.

Esta es mi historia, pero quiero que sea un poco de inspiración para todos aquellos que tienen medio de dar este paso en este momento de crisis sanitaria mundial.

Nunca estaremos listos para todos los eventos de nuestra vida, pero nunca maduraremos y mejoraremos... si nunca damos este paso en nuestras vidas.

Y como el Dottor Camilo Cruz dice: *“Crisis no es pena, es un cambio profundo con consecuencias importantes y hay que transformar los sueños en realidad, con planes y acción.”*

Así que para mí ha sido una pandemia/aventura llena de muchas cosas bonitas y algunos eventos que han empatado mi vida sobre todo en estos últimos meses y algunas cosas malas también, que no se pueden cambiar.

Pero hay que ser fuertes, tener coraje para que nuestra vida siga adelante y que también la vida de los demás sea llenada de nuestra energía positiva.

La vida es una y no nos podemos quedar de brazos cruzados esperando que alguien cambie nuestro destino... nosotros somos los autores y tenemos todo el potencial para lograr cualquier meta.

Quien quiere puede y tú puedes con todo.

Ánimo y suerte a todos... y que esta pandemia nos deje más fuertes y valientes que antes.

**M
U
E
R
T
E

P
O
R

S
U
P
E
R
V
I
V
E
N
C
I
A**

Cristina Villey

La joven asustada pensaba y veía a la muerte de reojo en cada esquina, en sus conversaciones siempre aparecía, en programas de televisión, e incluso veía su reflejo detrás de su madre y hermanos. Cada vez más atemorizada, cada vez más cerca, hasta que un día un gesto nervioso de la joven rozó su fría mano, la muerte se giró y se quedó inmóvil esperando.

— *Necesito saber, ¿qué puedo hacer para sobrevivir?* — le dijo la joven con voz casi inaudible y la mirada baja.

Todo se oscureció y los ojos rojos de la muerte se hicieron más grandes convirtiéndose en heridas que abrazaron a la joven, tal fue el terror que sintió que huyó perseguida por esta herida, vivió encerrada y aislada, vivió con la boca tapada y los ojos cerrados para no recordar y no ver.

Pero pasado el tiempo, la soledad y su propio miedo le hicieron enfermar. Ella misma, agotada y ciega, le abrió la puerta a la muerte que seguía esperando. El miedo se transformó en deseo y esta vez la joven la escuchó aténtamente con la mirada alta.

— *Lo has hecho, solo tenías que correr* — Le susurró la muerte mientras desaparecían congeladas en un abrazo.



Almudena Medina Samamé

Terminé el grado de biología en 2019.

Me costó muchísimo, no sólo porque es una carrera muy amplia y difícil, sino porque por el camino tuve que superar un periodo de depresión al que no tengo intención de regresar. Aun así, empecé con ganas el máster ese mismo año. Volví a casa, a estudiar en mi ciudad, conocer gente nueva, estar en un laboratorio de investigación con gente que me cae genial... Iba a ser mi año. Ya no estaba yendo al psicólogo, mi salud física estaba mejorando, había conseguido ir al gimnasio de forma casi regular...

Los últimos meses de 2019 fueron geniales, ese invierno sentí que por fin estaba empezando a ver qué quería hacer con mi vida, profesional y privada. Que quizá por fin podría ponerme la etiqueta de adulto sin sentir que en realidad era tres niños en una gabardina fingiendo ser una persona. En febrero cumplí años, y en marzo iba a ir a visitar a una parte de mi familia que no he visto en nueve años... que dentro de poco serán ya diez.

Al principio, no me lo creí. La cuarentena me tomó por sorpresa, supongo que un poco como a todo el mundo. Durante la primera semana, a pesar de que pensé que me lo estaba pasando bien, pasé tanto tiempo en la cama que, para cuando acabó, por primera y última vez en mi vida utilicé las escaleras para correr arriba y abajo cuando era mi turno de tirar la basura, en vez del ascensor.

Siempre he tenido tendencia a ser negativa, y desde hace unos años, a deprimirme. Normalmente lo noto enseguida, pero esta vez me llevó muchos meses darme cuenta de que me estaba deprimiendo otra vez. Soy introvertida, me encanta pasar tiempo en casa. No he sufrido mucho por no poder salir, y como la mayoría de mis amigos son por internet, tampoco me sentí muy sola al principio. Pero ha pasado suficiente tiempo como para que incluso los introvertidos tengamos ganas de salir.

Intento no pensar mucho en que mi familia está en riesgo por sus profesiones, que no les permiten teletrabajar. O que la parte de mi familia que no está cerca también está en riesgo, por el sitio donde viven. Intento no pensarlo, porque no quiero darme cuenta de que quizá en vez de esperar diez u once años, lo que ocurrirá será que no les vea nunca más.

Claro que tengo miedo.

Soy bióloga. No médico, ni pretendo serlo. Pero soy bióloga, y me cuesta ver a la gente por la calle con la mascarilla bajada, o sin ella directamente. La gente que se quita la mascarilla para hablar, como si no fuera el momento en que más importante es llevarla puesta. Me pone de los nervios, y no puedo hacer nada, pero esa gente nos pone en peligro a todos, ¿y lo permitimos? Igual que las vacunas. Y ese es otro tema que, aunque no me gustaría tener que tocar, me preocupa. Porque llegará un momento en que tengamos disponible una vacuna para todos, no sólo los grupos de más riesgo, ¿y entonces qué? ¿Qué vamos a hacer con la gente que no quiera vacunarse? Me gustaría creer que será obligatorio, especialmente para colegios, universidades, centros de mayores, guarderías... pero quién sabe.

He terminado el máster. Se supone que estoy buscando trabajo, pero estoy en la difícil situación de no saber exactamente qué quiero hacer, y tener demasiada ansiedad acumulada como para atreverme a tomar riesgos. Siempre había tenido muy claro que me gustaría seguir estudiando fuera, pero tal y como está la situación, me da mucho miedo dejar a mi familia, irme sola a otro país. La cuarentena no ha sido tan mala para mí como introvertida, pero no voy a negar que tener a mi familia conmigo ha sido un alivio.

Quizá lo que me mantiene activa, como a mucha gente últimamente, es el arte. Siempre he sido aficionada a escribir, desde muy pequeña. Desde hace unos años también me he interesado mucho por la producción de audiolibros, la producción audiovisual en general. Me gusta la música, y aunque soy un desastre, he probado un poquillo de diseño gráfico este último año. He dedicado muchísimo tiempo a mis hobbies, cosa que no hubiera sido posible sin la pandemia. Y me siento culpable por decirlo, ¿sabes? No es fácil decir que “bueno, en realidad para mí no ha sido tan malo...” La gente se está muriendo, ¿y yo estoy aquí diciendo que menos mal que he tenido tiempo para mis hobbies?

Pero no voy a engañarme a mí misma tampoco. Todo el mundo sabe que cuando las cosas van mal, tendemos a mirar hacia el arte para sentir que las cosas pueden ir bien, para olvidar por un momento que el mundo se cae a pedazos. Sí, quizá con la crisis sanitaria hemos aumentado el consumo de plásticos de un solo uso a niveles comparables a los previos a las medidas para el reciclaje. Pero si puedo sentarme y leer un libro, o ver una película, no tengo que pensar en eso.

Hasta cierto punto supongo que está bien. No estamos hechos para preocuparnos las 24 horas del día, y, como ya he dicho, ya bastante tendencia tengo yo sola para deprimirme como para ponerme las cosas peor todavía. Si mi arte puede ayudar a la gente a sentirse mejor durante un rato... pues bienvenido sea. Y si eso evidencia mi privilegio por poder dedicar tiempo al arte, pues que así sea también. Sólo puedo esperar que sirva para algo.

Y cuando me permito a mí misma ser optimista, de verdad lo creo. Creo que la gente está apreciando el arte más y más desde la pandemia. No sólo por su capacidad de llevarnos a otros mundos y evadirnos, sino porque nos permite expresarnos de una forma que ahora mismo no es fácil para nadie. Hablar de nuestros miedos, y las cosas horribles que están pasando en el mundo, de una forma distendida y casi agradable. Catártica.

Hay muchas cosas que me gustaría ver cambiar a raíz de la pandemia. Me gustaría que la gente aprendiera a lavarse más las manos, que se normalizara llevar mascarilla cuando estás malo, y no sólo para el COVID. Me gustaría que las vacunas tuvieran la financiación que están teniendo ahora, y que se tome en serio el problema de la resistencia a los antibióticos, para que la siguiente pandemia no sea por una bacteria semi-invencible. Me gustaría que se invierta en ciencia, y educación, y que la gente deje de asumir que si quieres estudiar biología es porque quieres ser profesor de instituto, porque, al fin y al cabo, ¿qué otra salida tiene eso?

(Por cierto. Un abrazo a mis profesores de instituto, que me llevaron a elegir mi carrera. Sois geniales, y esto no significa que no quiera que ser profesor siga siendo una salida, sólo que no sea la única que se le ocurre a la gente cuando dices que eres bióloga.)

Así que, sí, hay muchas cosas que me gustaría ver cambiar. Pero en mayor o menor medida, creo que los temas relacionados directamente con la ciencia y la pandemia se solucionarán. Lo que de verdad me gustaría es ver cambiar la actitud que hay hacia el arte. No sólo la escritura, aunque sin duda es mi área, sino también hacia la gente que sabe pintar, o que entiende de fotografía, o de edición audiovisual, o de teatro, o de música clásica.

Quiero creer que la pandemia, cuando lo peor haya terminado, será capaz de cambiar el rumbo de las cosas para bien. Que saldremos de vuelta a las calles, triunfantes porque nos hemos unido para vencer, y podremos volcarnos en compartir todo este arte con nuestros seres queridos, y permitir que tome el punto central del escenario.

Que podamos expresarnos, y dialogar, y entendernos.

Ser, en esencia, humanos.

**E
L
H
A
S
T
Í
O**

Cristina Somavilla Rey

La radio encendida y las moscas revoloteando. Las miro. Bailan en el aire, haciendo figuras geométricas invisibles. Hablan entre ellas, cuchichean sobre nosotros en un seseo estridente que no me deja concentrarme. Cuando se cansan, vienen a descansar a las grietas de mi codo. Me hacen cosquillas. Si me muevo, se asustan y emprenden el vuelo.

El abuelo y yo estamos en el jardín. Yo juego con el tallo de una brinza de hierba seca. El abuelo lee a George Orwell tumbado boca arriba en una hamaca de Ikea. Hace un calor realmente insoportable. El sol a veces me da miedo. Intento taparlo con una mano para poder mirarlo directamente. Está demasiado hinchado y demasiado amarillo. Pienso que un día se acercará tanto que nos derretirá. Derretirá nuestra casa y moriremos sepultados por todas nuestras cosas diluidas. Será como en Pompeya. Pero esta vez moriremos asfixiados por discos de los Beatles. Envueltos por la lava de los excesos.

Huele a ajo y a sudor. A nuestros poros abiertos. Al agua de los cuerpos brillando en nuestras pieles. Como aceite. Escucho a la abuela rezar el rosario sentada en la cocina. Murmurando las plegarias. Pidiendo el milagro. Me pregunto por qué hay que hablar bajito para pedirle cosas a Dios. Me pregunto por qué Dios no escucha a los que gritan. Estoy sentada en el suelo y estoy descalza. El esmalte de las uñas de mis pies se ha desgastado. Ahora solo sobreviven manchas rojas y desaliñadas. Como un proyecto de cartografía. De islotes perdidos.

El hastío es crudo y febril. Los líquidos de nuestros cuerpos ya no fluyen como las corrientes de los ríos. Ahora se mueven como una balsa mecida por la suavidad de la quietud. Los cuerpos nos pesan. Nos pesan los brazos y las piernas. Nos pesan las caderas y los hombros. Nos pesan como pesan las montañas. El abuelo dice que los norteamericanos son los mejores escritores de distopías, pero que cuando la ficción se dobla, la realidad no es selectiva y nos inunda a todos. A todos por igual.

Las voces de la radio atraviesan la ventana abierta y llegan hasta el jardín. Flotan entre nosotros y luego explotan, como los petardos. El abuelo se quita las gafas muy despacio, cierra el libro y lo posa sobre las rodillas. Periodistas bañados en laca cantan las noticias de la mañana. Puedo ver el maquillaje de sus mejillas derretido por el calor de los focos. Las cifras de los fallecidos salpican la monotonía del jardín. Alertan a las flores que se abigarran para darse calor, para acunarse.

Alertan a los tomates de la huerta de la abuela, que se estremecen y se ahogan. Que quieren volver a dormir en su raíz. Alteran nuestro sistema anestesiado. Adormecido por la movilidad retenida en el espacio. Por el miedo. Miro al abuelo con la misma mirada de susto que todos los días. Con la cara abotargada y roja por el calor. Con un charquillo húmedo entre mi nariz y el labio superior. Un reportero enviado a Europa se cuele en la emisora. Su voz se derrama y permea por nuestra conciencia hasta clavarse en nuestros huesos. Me levanto y sacudo el pantalón manchado por el polvillo del suelo. Polvillo engendrado por la tristeza de la tierra. Por su llanto. Mis tripas están llenas. Estoy empachada de cifras y de dolor. Me duele la barriga. Entro en casa. Aquí se está más fresco. El ventilador eléctrico niega con la cabeza. Se mueve de derecha a izquierda, soltando en un suspiro todo el aire frío que me despeina. La lavadora da vueltas. Ruge. Está enfadada. Los músculos de mi cerebro también se mueven inquietos. Como el ventilador, como la lavadora, como la tierra, que a pesar de todo sigue girando. Mi hermano está sentado en el sofá tapizado de flores violetas. Está jugando a la consola. Me dejo caer a su lado. Enredo mis piernas entre las suyas. Como los gusanos. Lo último que escucho, antes de quedarme dormida, es la voz lejana del reportero asegurando que la juventud será la pieza vulnerable de esta pandemia.

L
A

J
U
V
E
N
T
U
D

T
A
M
B
I
É
N

V
I
V
E

L
A

P
A
N
D
E
M
I
A

Catherine Aja Casillas

Somos conscientes de que debido a la pandemia todos estamos pasando momentos difíciles, pero en esta ocasión nos centraremos en la juventud. La juventud actual no es la misma de hace algunos años, incluso siglos, a parte de que no había una tecnología tan desarrollada como hoy en día, no había tanto entretenimiento. Los jóvenes de hoy en día están más acostumbrados a salir con sus amigos, ir a comer, dar paseos por la bahía. Miles de cosas que hacer acompañados de las personas más cercanas a nosotros. Nos gusta ir a comer helado, pasar tiempo con toda nuestra familia, compartir momentos, y más en estas fechas que se acercan. La Navidad es una época para pasar en familia. Aunque estemos en esta situación hay que aprovechar y vivir, compartir, porque no sabemos que nos deparará el mañana.

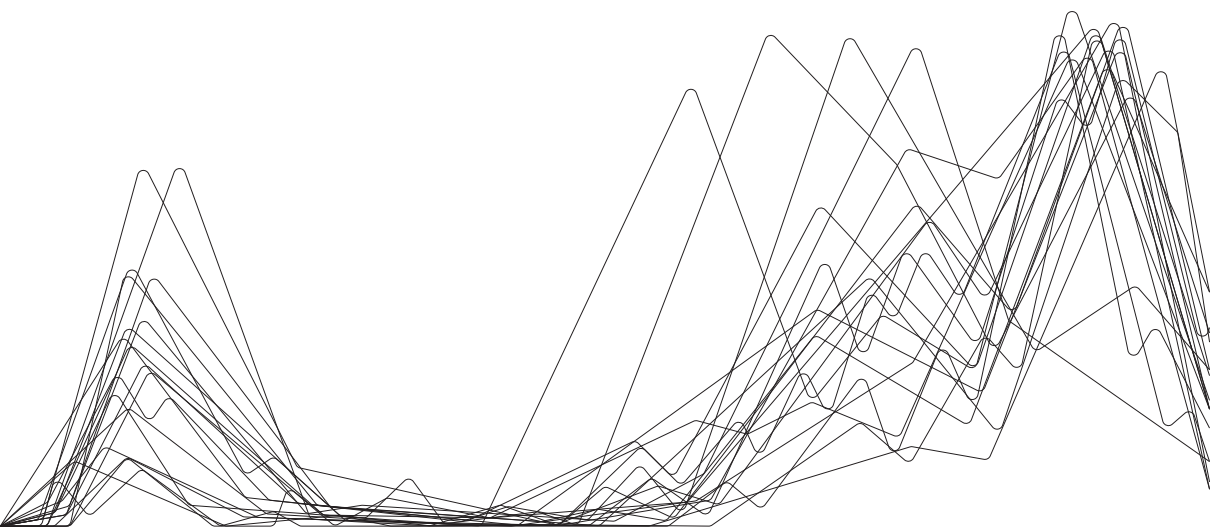
Un por ciento de la juventud ha perdido a seres queridos, a familiares, y lo más difícil es saber que nuestro familiar estaba atrapado en un hospital con una enfermedad contagiosa, esa impotencia de no saber si está bien o si está mal, si ya ha comido, si tiene frío, es tal el sentimiento que descubrimos en esta situación, y cuando ese ser querido muere, sin poder haber hablado con él con ella, sin habernos despedido, no pudimos darle la mano y quedarnos ahí hasta su último aliento, los jóvenes también sufrimos, también nos afecta esta situación.

Debido a esta situación nos imponen varias restricciones como no poder salir de nuestra casa, no nos podemos juntar más de 6 personas y aunque suene un poco insignificante en la juventud actual es complicado de entender, hay jóvenes que piensan que es un simple engaño, o que son incontagiables simplemente por ser ellos y ser jóvenes, también nos damos cuenta de las situaciones en el mundo, en el país, y aunque no nos guste intentamos salir adelante protegernos y proteger a los demás para que cuando pase todo esto lo recordemos como una etapa difícil de la vida, pero que gracias la perseverancia y las medidas adecuadas todo paso y pudimos seguir adelante con nuestras vidas, hay que tener en cuenta que no dejaremos esto atrás esta etapa nos acompañará para siempre.

Hay tantas cosas que no se pueden plasmar en un escrito, aunque creo que en este hay plasmada gran parte del pensamiento joven, de lo que sentimos y como lo afrontamos.

La actual juventud es diferente pero también es fuerte y valiente y esto servirá para reconocer que todos los jóvenes somos importantes y también somos conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor.

Y para los jóvenes, somos más valiosos de lo que nos imaginamos, no solo somos el futuro también somos el presente y fuimos un pasado, y por más difícil que haya sido ese pasado, ésta fue nuestra generación y siempre la representaremos como un hecho más histórico.



MICRORRELATO



Deva Escobedo González

Cuando comenzó la desescalada, lo primero que hice fue ir a la panadería; ya estaba harta de pan casero. Fue entonces cuando la vi: ni la pantalla de protección podía tapar unos ojos que destellaban como el gel hidroalcohólico, ni la mascarilla ocultar una sonrisa ante la que no pude ser asintomática.

Fui todos los días, puntual como la rueda de prensa de Fernando Simón en la tele, hasta que un día no estaba. Pregunté. Habían sufrido un ERTE.

Pero eso no consiguió aplanar la curva de nuestra atracción. Nos vimos fuera de la panadería y nos conocimos; yo no era su paciente cero, pero no lo necesitaba.

Más tarde, dimos positivo en el test serológico del amor, para el que no hay ninguna vacuna.

Ya en diciembre, nos paró un policía por la calle y tuvimos que explicarnos. Dos palabras más dulces que un negativo en PCR: «somos convivientes».

P
E
G
A
D
O
S

A
L

S
U
E
L
O

Jane Pagalday Attuna

Nací en una generación que no luchaba por nada, que no buscaba aire porque podía respirar humo digital. No habíamos vivido una guerra, y el hambre nos sonaba a África. Nos faltaba un huracán para estar vivos. Pero vino ella. Se cerraron todas las puertas, la humanidad se mimetizó con las alfombras. Aun así, ella le fue dando la mano a todo aquel que se paraba a respirar, ahogado por la normalidad. Oía cualquier beso, seguía cada caricia, bebía de los roces descuidados. La gente renunció a su boca, castigó su nariz y sacrificó sus orejas, queriendo olvidarse de cómo soplar y hacer nubes de vaho. Mientras, ella se reía. Mi generación, en cambio, se rebeló, e hizo todo por tentarla. La llamó riéndose entre botellas, esperando a que se los comiera con el rostro descubierto. Cuando los abrazó, sonrieron: qué importa la vida cuando no se siente.

L
L
U
V
I
A

Héctor Peña Manterola

Casi treinta años.

Comenzó a llover, pero ella ya no lo sentía, ya no la importaba. El agua caía sobre la madera como las lágrimas saladas que maquillaban a los presentes.

Lamentaba no tener un pañuelo a mano, y eso que siempre llevaba uno en el bolsillo.

Su nieto decía algo, pero ella no podía escucharlo.

El suelo estaba embarrado, dibujando un día gris a medio camino entre el blanco y negro de las ropas de sus acompañantes.

Tenía que partir, y la sorprendía que tanta gente quisiera despedirse de ella. Los dos últimos años habían sido un infierno entre residencia y hospitales, y el virus no había hecho más que bailar con su soledad.

Cuando era joven la encantaba bailar. Todos los años, a finales de julio, acudía a la romería donde lo conoció a él, y ahora, tras treinta años de su muerte, volverían a estar juntos.



Alba Bermejo del Río

Miro las líneas de la carretera, el asfalto correr. Tan cerca, tan hipnótico, que no puedo evitar imaginar estrellar mi cráneo contra él. Mantra embelesador: línea-a falto-línea -asfalto... Y así, hasta los confines del universo. Constante. Taladrante. Opresivo. Deseo frenarlo. Detener su perfección. Me ahoga la ansiedad, no puedo apartar la vista. Está muy claro, es el botón de escape para mi cabeza: estrellarla en el asfalto. En mitad de la puta y perfecta serie repetitiva. Romperla con un lienzo de sangre y sesos, hermosa e hiperrealista composición, performance post-mortem. Abrir la puerta, calcular la inclinación. Dejarme caer con la inclinación perfecta para que sea mi cara la que rompa la serie, mi joven y preciosa cara, cual nadadora de precisión implacable. Pero no puedo. No me dejan. Me llevan atada. Por tratar de que no acabe nunca este encierro, esta pausa. Por no querer volver a vuestra jungla de normalidad.

**A
U
N
C
L
I
C
K
D
E
L
A
R
E
A
L
I
D
A
D**

Rocio A. Gómez Sustacha

Mueve la mano de lado a lado ante la bahía. Pero la luz no cambia. No aparecen emoticonos ni orejas de conejo en las personas que tiene delante de sí, los barcos no cambian de color, el cielo continúa nuboso... Prueba a dar toques con su dedo en el aire, pero las montañas siguen siendo montañas. Ante su vista no aparecen armas, vehículos o vestimenta a elegir para su personaje. La incomprensión burbujea en su mente, acelera los gestos de sus manos, los clics al aire solo consiguen generar frustración. No hay música de fondo, ni comentarios bajo la estampa que observa. La pandemia ha pasado, pero aún le costará un tiempo comprender que el fondo personalizado es la realidad.

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

Yegor Antonio Radchenko Villacrés

Los llantos de mi madre siguen llegando a mi habitación por las noches, llantos que me hacen sentir como si en cualquier momento nuestro hogar se fuese a inundar con sus lágrimas. Su voz, antes dulce y melodiosa, ahora está cargada de dolor. La noticia sobre la muerte de mi abuela impactó en nuestra casa con la fuerza de una bala de cañón, un dolor que se ha incrustado en nuestra familia como una espina profunda. Dolor, dolor y más dolor, eso es lo que desborda esta casa... y el dolor más grande que hay es el que siento yo... dolor por la culpa. No puedo aguantarlo más, necesito confesar.

Aquellas han resultado ser las botellas de alcohol más caras que pudo haber, una noche inofensiva creía yo. Ahí estaba el amigo de mi amigo, quien poseía el arma mortal sin saberlo. Yo lo traje conmigo, y ahora sufro.

**U
N
D
Í
A

M
Á
S**

Lorena Santamaria San Miguel

Hoy me decidí a dar un paseo con mis amigos. Les escucho reír, pero no puedo ver su sonrisa. Quiero abrazarles como siempre, pero tengo miedo de que me contagien algo. ¿Por qué iban a hacerlo si no tienen síntomas? Porque en esta pesadilla donde estamos, el villano no tiene cuerpo y no siempre deja ver su presencia.

Hoy, uno de nuestros amigos nos presentó por fin a su novia. Empezaron a principios de marzo y aún no habíamos podido conocerla. Se la ve agradable, pero no puedo darle dos besos para saludarla. Parece guapa, pero tampoco puedo saberlo porque no puedo verle parte del rostro. Vamos paseando todo el grupo, guardando una distancia entre nosotros, como si no nos conociésemos, como si fuésemos extraños intentando evitarnos, pero no es así.

Nos esperan meses de incertidumbre. Y hoy, solo es un día más.

L
U
C
E
S

D
E

M
O
T
E
L

Diego Galván Santamaria

Sin aliento, corre por los tejados. Los pies descalzos apenas tocan el suelo. De vez en cuando, echa la vista atrás. No hay nadie, o al menos eso parece. Pero no importa, sigue corriendo, sin aliento. Aparecen a lo lejos las luces del motel.

Durante unos segundos cierra los ojos. Todos esos días encerrado anhelando recuperar su juventud quedaron atrás. Ahora es momento de volver a poner a prueba sus piernas, su corazón y su alma.

El tejado se le ha quedado pequeño, salta a la calle y la euforia se apodera de él. Suelta una patada a un viejo cubo de basura “eso no es Punk, es una tendencia” No puede evitar sonreír al recordar esa frase.

— *Te equivocas Bruce, no hay que esperarlos. Los días de Sol hay que ir a por ellos* —. Piensa mientras tiemblan en su cara las luces brillantes del Motel.

**E
L

C
I
C
L
O

D
E

L
A

N
O
R
M
A
L
I
D
A
D**

María Magdalena Martínez Larra

Sales de casa. ¿La mascarilla? Vuelves a casa. Coges la mascarilla. Sales de casa. Autobús, en silencio. Llegas a clase. Recibes un mensaje: tía he dado positivo, tienes que hacer cuarentena. Vuelves a casa. Cuarentena 15 días.

Te despiertas. Quieres salir a la calle. Aún queda 1 día.

Coges la mascarilla. Sales de casa. Un mensaje: ...

**N
U
E
V
A

N
O
R
M
A
L
I
D
A
D**

Alicia Abascal Astobiza

El bolso. Móvil. Cartera. Llaves. Llaves. Llaves, ¿las llaves? Los cascos.
La puerta. Escalón, escalón, escalón.

Malditas escaleras.

La puerta. La calle. Uno, dos, tres pasos. Una, dos, tres miradas. Miradas.

¿Miradas?

—*¡Mierda! La mascarilla.*

J
U
I
C
I
O

P
R
O
P
I
O

Carlota Sánchez Reventán

Ella era una chica tranquila y callada. No la gustaba llamar la atención ni hablar demasiado. Prefería permanecer en silencio, solitaria, alejada del ruido y de la presión constante de querer ser aceptada. Al igual que la mayoría de los jóvenes, se sentía desplazada, como si no perteneciera a ese lugar.

Un día no fue al instituto. Le habían dicho que debía permanecer en casa durante 15 días por precaución, y, al principio, le agradó la idea de no tener que lidiar con las reiteradas críticas. Sin embargo, pasados varios meses de esos supuestos 15 días, se miró al espejo, y al hacerlo, no se reconoció a sí misma.

En su lugar, vio a una joven desaliñada y triste, que había perdido cualquier atisbo de respeto hacia sí misma. Vio a una joven a quien la había afectado más su propio juicio que el de los demás.

S
I
N
Q
U
E
R
E
R

L
L
E
G
Ó
L
A
P
R
I
M
A
V
E
R
A

Marta María García Escapa

Tan lejos como imaginarse las consecuencias que habría si el mundo de repente se parase.

Tan cerca como ver el jardín desde la ventana y saber que cuando salgamos ya habrá florecido.

Al menos he aprendido que no nos hacen falta muchas palabras, desde ahora nuestros ojos hablan por sí solos.



Ghenadi Avricenco

[Tic] Céntrate en lo importante, tienes que acabar este trabajo para la semana que viene, hay que pensar el regalo para Marcos, ¿qué te vas a poner para salir hoy? [Tac] [Tic] Mira a ver si me quedo en casa, tenemos que ir a darlo todo antes de que nos encierren, cuánta histeria, tan malo para ti no será, que tienes jardín [Tac] [Tic] ¿Te apetece aprender a cocinar?, bueno puedo hacer deporte en casa, saldremos en unos meses y saldremos mejores, ya verás, al final es como una gripe [Tac] [Tic] No queda vino, vete a comprar el pan tú, yo paso, ¿qué día es?, ya me conecto mañana con estos, voy a dormir [Tac] [Tic] ¡Hostia la mascarilla!, creo que no podemos salir de la ciudad, ¿te devolvieron el dinero del vuelo?, este gel es de los pegajosos, ¿vamos a ser muchos? [Tac] Bueno, céntrate en lo importante.

**L
A

B
A
T
A
L
L
A

S
I
N

F
I
N**

Ana Belén Salido Medina

Érase una vez un príncipe que ansiaba entrar en la universidad, ya que desde chico había escuchado una y mil veces más la gran experiencia que suponía ser universitario. Los primeros años fueron espectaculares hasta que la amenaza de un virus venidero sin aparente solución inmediata, provocó que se quedase encerrado en su particular castillo: su mente. La privación de su vida anterior hizo que librara arduas batallas contra dragones de tres cabezas: ansiedad, frustración e incertidumbre. El pozo de la melancolía en el que intentaba no ahogarse con sus propias lágrimas no se quedaba atrás. De repente, un día, se le permitió salir de su reclusión. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que aún no se había enfrentado a la peor de las batallas: el miedo a lo desconocido y su ambiente envenenado. Cansado, decidió blandir su mejor espada y vencerles con el poder del conocimiento.

**A
I
R
E

E
N

L
A

P
A
N
D
E
M
I
A**

Paula Martín Soler

Días medio grises medio no, con un ambiente denso y de trasfondo melancólico, que marcará toda una generación.

Salir a correr, que es lo que me gusta, aunque no se me da bien ya, sentir que el ambiente deja de pesar y tus fosas nasales se llenan de una cálida sensación. Atravesar el puerto deportivo y que el tintineo de los mástiles sea tan ensordecedor que parece, te hayas metido en medio de una bandada de golondrinas. Notar cómo el mar y su furia acechan y las olas intentan alcanzarte, pero no lo consiguen, sólo llega a ti el vapor de agua, resultado de la lucha que entre ellas mismas se produce.

Y la bahía como contención, que te salva y que deja como resultado una película de humedad sobre ti, que tú, ya no sabes si es tu sudor o no. Y así salir airoso y aireado.



Cristina Grande Garcia

Coletazos de juventud marcados por la pandemia.

Lo que veíamos lejano, ahora nos da la mano, nos mira en cada esquina por encima de una mascarilla.

Somos recelo, somos miedo, somos solitarios en un mundo social.

Debemos respetar y ser responsables por encima de nuestra madurez individual.

Antes no había desconfianza ni temor, nos rodeaba la mentalidad inmortal de la juventud más alocada.

Matábamos por la comunicación ficticia en redes.

Morimos ahora por abrazos breves.

Se nos va el tiempo.

¿Mejora el mundo? Los cambios nos persiguen.

El descanso nos da energía.

Para ganar a los días y renovarnos en la vida.

Í
D
E
M

Íñigo Cobo / niesta

A veces solo soy. Qué soy. No lo sé. Un hombre, supongo. Qué más da. Me gusta el café, estoy haciendo una cafetera. Si despierto igual puedo responderme. Tampoco quiero, tuve un buen sueño. Hace tiempo que no los tengo. Era joven y respiraba la brisa que traía el mar, con la cara descubierta, sin mascarilla. Milagro. Sí, no es mucho ¿eh? Para mí sí. En fin. Llego tarde a la oficina, otra vez. Qué más da. Quién mierda va a hacer mi trabajo. Solo yo, un semihombre adicto al café. Bueno y al dinero, para el café. Será mejor que vaya.

Llegué. Aleluya. Nadie me ha saludado. Tampoco quiero. Hace tiempo quería saludar a Isabel, pero la ascendieron. La mierda se queda aquí. En fin, mi cubículo, gran caja de zapatos. Gel, mascarillas y una polaroid de Isabel con el mar de fondo. Bueno, al menos tengo la foto.

P
E
R
L
A
S

E
N

E
L

O
C
É
A
N
O

O
L
A
C
I
E
N
C
I
A

E
N

E
L

O
L
V
I
D
O

Ricardo García Fontecha

Entre miles de noticias alarmistas y sensacionalistas, algunas hablan de la posibilidad de una pandemia... Sí, claro.

Entre miles de fakes y clickbaits, algunas hablan de un virus en China... Estos chinos...

Entre miles de gurús y Nostradamus de pacotilla, algunos dicen que la cosa está chungu en Italia... Qué mala suerte.

Entre miles de científicuchos y chisgarabises, algunos llevarán tiempo anunciándonos algo serio y no les estamos haciendo caso.

A ver quién les identifica.

Y a ver qué hacemos entonces.



Almudena Medina Samamé

El “*peor año de nuestras vidas*”, para muchos de nosotros ha sido de los mejores.

Muchos de nosotros tenemos el privilegio de vivir en hogares donde nos quieren como somos, donde no hemos tenido dificultades económicas durante la cuarentena, y donde nadie tiene problemas de salud que les pongan en riesgo de morir por coronavirus.

Hemos podido reflexionar sobre nuestra salud mental y física, alejarnos de gente tóxica, incluso dedicarnos a esos intereses que siempre dejábamos de lado.

Suena bien, ¿verdad? Pero seamos honestos. Los privilegios implican responsabilidades.

Muchos de nosotros sentimos que no podemos quejarnos de este año, porque hay mucha gente que lo está pasando peor. ¿Qué podemos hacer por esas personas, para que puedan compartir una parte de nuestro privilegio?

Quizá más, quizá menos. Pero podemos empezar por llevar mascarilla y lavarnos las manos.

Pensar en los demás, ahora más que nunca.

**F
R
Í
O
,
A
J
E
T
R
E
O
,
A
N
S
I
E
D
A
D**

Jennifer Conde Rojo

Levanto la vista y ahí está, esperándome. Nos sentamos en la terraza del bar y pedimos algo de picar. Me ajusto el gorro y me quito la mascarilla solo cuando voy a comer. Miro alrededor, siento el ambiente general tenso y deprimido.

—¿Cómo estás?

La miro a los ojos y veo el mismo temor que tengo yo. Que tenemos muchos. Miro mis manos. La preocupación huele a ruido en mi boca.

Enfermedad.

 Incertidumbre.

 Manipulación.

 Cerebros huecos.

 Trabajos imposibles.

 Juventud juzgada.

 Situaciones inestables para siempre.

Para siempre es mucho tiempo. Y el tiempo cambia las cosas.

Inspiro hondo. Hay que enfrentarse. Salir del bucle. Transformarse. Tengo ideas, proyectos y esperanzas.

Y amor. La poesía vence cualquier mal.

La miro a su alma. Descubro mi verdad.

Y si la noche nos traga veremos las estrellas en el firmamento infinito del tiempo, y convertiremos el negro en arcoíris.

**P
A
R
E
D
E
S

B
L
A
N
C
A
S**

Maria García Bautista

Tengo el pensamiento recurrente de que todo pueda continuar igual ahí fuera, pero no aquí dentro. De que haya sucumbido en esa locura que tanto tiempo llevaba acechándome; nada ni nadie me obliga a estar aquí, soy yo. Soy yo, presa de mis ansias por estar sola, de estar únicamente conmigo, de no saber más nada de todo aquello cuanto me ha obligado a penetrar en la desdicha, espera, ¿no soy yo todo aquello? Probablemente todo me duela más por ser yo, aunque no sea yo el fruto del que nace toda mi pena.

Pero ¿cuántas personas estarán hoy, ayer, o mañana, escribiendo acerca de la primavera; de cómo está floreciendo fuera mientras no hay nadie ahí para verlo? Estoy con esas personas, no es cosa mía, también ellas están conmigo, aunque lo que pensemos parta del interior de cuatro paredes diferentes, distintas, ¿cómo son? ¿cómo están dispuestos vuestros muebles?

**D
E
S
P
I
E
R
T
A**

Cristina Ramirez Quedo

Suena el despertador, otro día más que ha sobrevivido al día a día de la pesadilla en la que vive.

Llama a sus abuelos, no lo cogen.

—*¿Seguirán vivos?*— piensa. Aún no puede ir a verles al hospital. No le dejan.

Ya perdió a su padre por el “bicho” de sus sueños, Covid, le llaman.

Se despide de su madre y se dirige al instituto.

—*La mascarilla*— recuerda.

Llega: gel, alcohol, medidor de temperatura, distancia de seguridad...

—*Puto murciélago.*

Seis horas sin poder respirar, en cuatro paredes a las que antes llamaba clase y ahora parece una cárcel de aislamiento social, como poco.

No puede más.

—*¡Alba! ¡Alba!*

—*Mamá, he tenido una pesadilla horrible.*

**P
R
O
T
E
C
C
I
Ó
N

T
O
T
A
L**

Cristina Villey

Hola mamá,

Quiero que sepas que estoy bien, la comida aquí es buena, no quiero que te preocupes, incluso estoy haciendo buenas amigas. No podemos tocarnos por motivos de seguridad, estamos protegidas de todo aquí... Quiero verte, deseo abrazarte y sentirme en casa. Pronto.

Pronto...tan pronto el papel voló entre los barrotes de mi celda, rompí a llorar.

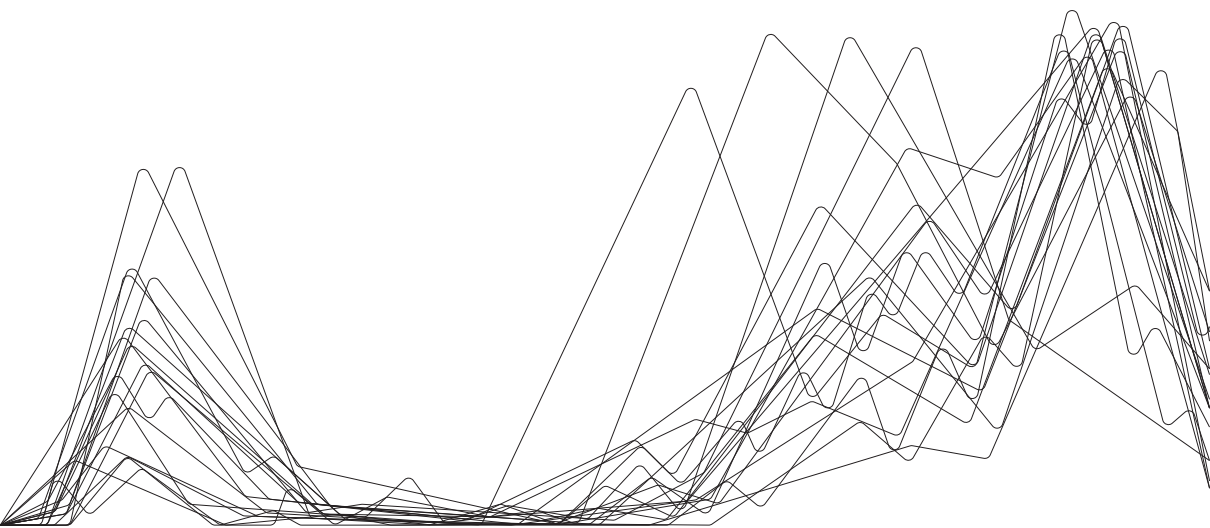
**M
A
T
A
B
U
E
L
A
S**

B^{ru}

Me han llamado *matabuelas*.

Desde la policía hasta el gobierno. En alguna parte de este país tienen mis datos y enmarcan mi foto con permanente rojo.

Me porté bien. Asumí la responsabilidad. Y aún así me llamaron *matabuelas*, por mi joven edad.



POESÍA

**C
O
M
O

S
A
L

D
E

L
A

T
I
E
R
R
A**

Miguel Collantes Rodríguez

Generación Pandemia

No basta para ser joven
 -y tener la certeza de serlo-
 con reconocer las características de esta condición
 en relación al tiempo que la envuelve.
 Hacer del breve pasado el presente,
 o dejarse arrastrar indolente hacia el futuro,
 son sólo detalles, escamas,
 o capas superficiales
 de una auténtica forma esencial.
 No sirve el propósito de la juventud a los elementos que la conforman,
 del mismo modo que tampoco sirve el tiempo
 para envejecer.
 Y así aparece evidente en la práctica:
 que no son los días los que matan,
 sino uno solo quien se muere.
 ¡Y es tan ridícula hoy la muerte!
 Seguirá orbitando el planeta,
 y seguirán sin caer las estrellas
 -muchas aún fuertes, a su modo-
 mientras pasan las noches claras, una tras otra,
 para poder mirarlas.
 Es necesario así apartar la vista
 ¡y agarrarlas todas!,
 porque no fueron creadas para levantar la cabeza,
 sino para iluminar la tierra
 y el suelo del que (aún) no me he liberado.
 Tomamos el mundo y lo agitamos
 con ímpetu juvenil, y lo expandimos,
 se hace tan grande, contemporáneo, y abarca tanto,
 que bajo él no quedan ya estratos.
 Tan sólo uno mismo entre otros.

Ser joven entonces no es ser uno,
es verse multiplicado.
No ser creado, crear;
no marchitarse, romper.
Darse,
y de darse rejuvenecer.
Hacerse varios.
Ser,
en fin, como pandemia en el mundo.

**D
E

U
N
A

L
L
U
V
I
A

S
O
L
E
A
D
A**

**E
L

D
E
S
T
R
O
Z
O**

Elena Ramírez López

La tinta del arcoíris
se corre con el agua.

Sus manos,
las de ellos,
están coloreadas de pintar y aplaudir
y aplaudir porque pintan.
Son el ritmo de sus palmas
el ritmo de vida que no dejarán de llevar por nosotros.

Nosotros.

Nosotros y nuestra culpa,
de la juventud que les falta,
de líneas curvas que se entrelazan y manchan su vista,
de la masacre,
de detener el mundo pero no
el ritmo de sus palmas.

Nosotros y nuestra culpa,
de nacer poetas mientras el mundo moría sin palabras
la resistencia a asumir que
todas las verdades son ciertas
y la certeza única.

Pongamos mascarilla a nuestras palabras
para que las suyas puedan saltarse distancias de seguridad.
Yo llamaba a Respeto por su nombre.

Yo
sobreviví a mí misma
al miedo de que mis piernas se abrazaran
como niños asustados
y no me volvieran a sostener de pie.
Me aferré a un pedazo de cielo
que se desdibujaba en mi ventana.

Y sobreviviremos ahora
al dibujo de este cielo libre
que nos arrancan estrella a constelación.
Redactaremos la nueva forma de encontrar
la entrada
a la salida del bucle histórico.

Nosotros,
la tormenta que atenta a la tinta
del arcoíris
ya truena.

**M
A
N
O
S**

Lidia Ruiz Revilla

*“A veces no me siento
tan solo
si imagino
mejor dicho, si sé
que más allá de mi soledad
y de la tuya
otra vez estás vos
aunque sea preguntándote a solas
qué vendrá después
de la soledad.”*
Mario Benedetti

Contemplo mi historia
en los pliegos de mis manos
en el aire que sortean mis dedos
teloneras de coraje estas palmas.
Mis yemas guardan recuerdos
que apenas la memoria toca.
Persigo con mis pies las huellas
de los pasos que aún no he dado.
Es tan iluso el olvido
como incierto es el tiempo.
Solo nuestras manos
al encuentro de otras manos
podrán devolvernos a casa.

S
U
E
Ñ
O
S

D
E

E
S
C
A
P
I
S
T
A

Abril Catalina Beascochea

Sueños de pies descalzos
y olor a mar,
viento en el pelo
libertad en la sonrisa
y un par de canciones sonándote dentro.

Tengo sueños de escapista
desde que encerrarse en casa
no es voluntario;
con lo que disfruto yo de mi hogar
cuando no me falta el cariño de quienes me hacen persona,
cuando el día del beso tiene sentido,
y esa parte social de mí también;
cuando encuentro más de 6 brazos que me envuelvan,
otro pecho que habitar
y ese par de ojos en los que perderme un ratito
si el mundo asusta.

Tengo sueños de escapista
desde que mi tiempo a solas conmigo
se me hace excesivo;
desde que “echar de menos” es pandemia
y mucha gente ansía el olor exacto de una piel.

Sueños de complicidad entre amigos
reparar tus lunares
o volver a ir al cine sola.
Sueños de escapista hacia un futuro pasado,
contra una incertidumbre abismal
y entre noches con demasiadas pantallas de por medio.

Tengo sueños de escapista
y a días,
alargo el tiempo en la cama
para pasar un ratito más
allí:
con vosotros
contigo
y conmigo al completo,
libre de ir al mar, al cine o de no salir;
pero sobre todo libre
de compartirlo o hacerlo solo para mí.

**2
7
A
Ñ
O
S
E
N
S
T
A
N
D
B
Y**

Aurora Díaz Obregón

Me aproximo a la edad maldita,
a un club de héroes sin vida
No cambia nada, escribió Carmen Ollé;
salvo tener varios salvoconductos en la cartera
y un ajuar de fronteras que hago y deshago en la memoria.
Pensar en el Sur, el Este, lo abrupto, lo frío *no cambia nada*.
Dejar de escribir tantos poemas para habitar el amor *no cambia nada*.
No cambia nada este tiempo elástico, cerrado, misántropo.
Nada comparable a lo ajeno, al píxel. El agua salada vive en mí para siempre.
No cambia nada esta luz letal cuando el cuerpo se asemeja a una madre

el empeño del vientre por engrasarse, malearse como el látex, curvarse cual
bombilla redonda y cristalina de las que ya no se venden. Mi elección: dar
vida o enterrarla.

No cambia nada, esta paz y esta calma. Desde el tragaluz analizo las nubes, algunas
tienen
forma de espinas de pescado. Miro mi desnudo en el espejo

la juventud se camufla con la tierra, abro la boca: me sé vieja. La misma cara es la
herida.

Y *no cambia nada* estar presente frente a estas palabras que se disuelven en la
sangre de mis dientes.
Una muela más crece, hay pelo blanco en la sábana. ¿A qué olía el arcén mojado?
¿Cómo
respira la montaña?
Pensar en Jimi, Janis, Amy, Jean-Michel, *no cambia nada*.
Y *no cambia nada* el surco en la pared que mide el estallido del silencio, las muertes.

Ahora callo: coso mis labios,
hablar *no cambia nada*,
en la cama un cuerpo sólido adyacente *no cambia nada*
nada
nadie
conoce el sabor de la tristeza enferma, permanente y húmeda.
El útero recordará estos días de sepultura.
Y no cambia nada
Ayer / Mañana,
Querer / Detestar,
escribir sobre la felicidad en el Norte,
Hoy no.

**O
S
A

M
A
Y
O
R**

David Pérez López

Tu sonrisa sabe a mar
Y sabe amar a partes iguales
Eres la cresta de la ola,
El sol que besa el horizonte en el atardecer,
La calma que nunca tuve,
El anhelo de un romántico
Zambullido en su guitarra
Que compone música mientras
Se descompone de amor.

Ojalá pronto volvamos a quedar
Para contemplar la Osa Mayor
Tumbados en la alfombra verde
Y la pandemia pase a ser
Una tenue reminiscencia en nuestras cabezas.

Me gustaría rescatar
Ese preci(o)so instante del verano,
Revivir el plácido roce de las yemas
De tus dedos sobre mis nudillos
Y el ajetreo ininterrumpido de las olas
Colándose por mis oídos.

Me gustaría volver a ver
Tus rizos esparcidos por el suelo
Como los tentáculos de un pulpo,
Volver a ver tus ojos marrones
Escudriñando en silencio
Los misterios del universo.
Aquel día parecían dispuestos
A poner todo su talento
En encontrar respuestas
En ese techo negro con luciérnagas.

Una noche estrellada contigo
O estrellarme contigo contra la noche
Cualquiera de las dos opciones
Me basta para ser feliz.

**A
N
T
E
S**

Alicia Abascal Astobiza

Yo no escribía poesía... antes.
¿Para qué?
¿Por qué?
¿Para quién?

Los jóvenes no leen poesía,
los jóvenes no escriben poesía,
los jóvenes escriben WhatsApps.

Y yo, joven, escribía.
Pero no escribía poesía.

¿Y ahora qué?
¿Para expresar qué?
¿Contárselo a quién?

¿Cómo?

Cómo te cuento
que llevo 6 meses sin ver la sonrisa de
mis compañeros.
Que mi amiga Cristina dejó de salir a la
calle,
no por precaución,
sino por miedo.
Y, en realidad, no sé.
Ya no sé si mis compañeros siguen
sonriendo.

**A
T
A
R
D
E
C
E
R
E
S

Y

E
N
C
I
E
R
R
O
S**

Alvaro Toca Otero

Generación Pandemia

El mundo ha parado.
Se ve en el silencio de los jóvenes
Y en los árboles que cantan

En mi Cueto,
Las luciérnagas vuelven
Como guirnaldas en Navidad,
Y las lechuzas al volar
hacen halos de plata blanca
Al rayo de su noche

Es la primavera inversa:
Hay brotes por todos lados
pero no son de flores,
y sus coronas de muerte
trepan por mi ventana

Lo veo en los ojos de mi padre
Buscando el aire,
Como el mar de invierno
Busca caricias de sol,
Y sus iris se vuelven una vidriera
De rojos y chillidos: Es asfixia
Y de fondo, la música del uno uno dos.

Hago caritas en el espejo
en la sala de desespera,
Este encierro maldito
Esta guerra estática.
Recuerdo cuando veía el mar,
Mi corazón se hacen espuma
Al no olvidar su olor añil.
Aunque yo ya no pueda oler nada.

Pierdo mi mirar en la ventana
Y una herida nace al cielo
Como un vino rosa que se derrama,
Ya llega la guadaña de la noche
Con sus mil cuervos que todo tiñen

Pero sé que la miel del día
Llegará y curará
como el algodón de azúcar
cura las penas de los niños,
Y volveremos a bañar de risa
nuestra bahía azul y blanca.

**S
E
G
U
N
D
A

O
L
A**

Raquel Alvarado Fernández

El primer golpe fue duro;
tan repentino que, sin embargo, mudamos a tiempo la piel.
Mano a mano nos hicimos con el mundo,
ahora incierto y en pantallas de papel.

Todas las edades se dieron la mano
por correr a los brazos de la vida,
que extasiada pedía un respiro,
y mostramos al mundo otro modo de aprender.

No obstante Discordia irrumpió tras el sol.
Con su vestido negro y la guerra en los ojos,
nos hizo de fuego otra vez.
Y los unos contra los otros,
y el culpable en búsqueda y captura,
y la masa de incertidumbre apretándonos el alma...
Esperanza había huido de la partida.

*** P
O
R
Q
U
E

A
L
G
U
I
E
N

T
I
E
N
E

Q
U
E

P
E
N
S
A
R

L
A

V
I
D
A**

Lorena Champy

**Varela, B., (2008). Nadie sabe de mis cosas.*

(exculpación tras un encierro)

Para A. S.

Tú, por ejemplo,
que me ofreces el hilo conector
invisible no dejo de pensar
cuándo podré volver a verte
anocheceres

nosotras tan jóvenes

otra ciudad
porvenires abiertos
donde perdura lo sucio y el deseo
de algún modo nada es terrible

no dejo de pensar
sabremos qué nos espera las horas
vuelven estamos vivas

**N
O
S
T
A
L
G
I
A**

Pedro Miguel Truta

Mares en calma esperando tormenta
Ventanas mojadas, lluvia cálida
Viajes etéreos, noches mágicas
Soñando despierta

Ella que duele sin la boca abierta
Piano antiguo, arrugado y mudo
Barrera invisible, temible muro
Resignación extensa

Tanto que dice y poco que cuenta
No suelta nada, todo lo siente
Tan arropada en el subconsciente
Inspiración intensa

Se nota fría cuando se piensa
Suele llamar después de las doce
Los que la viven la desconocen
Imaginación densa

Acecha vil, cuando llega, afecta
Esquivarla nunca fue posible
Ni ofrece espacio, ni deja irse
No recompensa

Cuantos artistas la anhelarán
Y sufrirán por vivirla siempre
Y más matarán y rematarán
La plasmarán hasta la muerte

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

José David Pérez Sánchez 'Canetita'

Y la soberbia juventud rompe el eco con su aullido, que grita:
Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por una pandemia.

Atiende este llanto colectivo:
Soy el niño de cristal y me he roto de la rabia.
Los añicos clavados entre los dedos me hacen sangrar
ríos de miedos, golpes al túmulo de mis abuelos.

Soy contenedor en llamas a favor de la clase solidaria.
Macrochill y fuego de cubata que atraviesa mi garganta,
mientras el hielo de la crítica al oído me canta:
Todo esto es culpa vuestra.
Sois unos irresponsables.
Cuatro palos os metía yo a todos...
¡Por vagos! ¡Por maleantes!
¡Por maricones! ¡Y por feminazis!

Soy burrito demócrata siguiendo la zanahoria socialista.
Puedes dejarme suelto sin cadena que este perro no escapa,
no ataca, solo ladra de hocico vuelto a la derecha: ¡Guau!
Pero a ti querida Izquierda mía, ¿qué te pongo de beber?,
¿que te puedo hacer para complacer? Oye y...
¿Cuántas mascarillas aprietan más que una mordaza?

Vi las mejores mentes de mi generación destruidas por una pandemia.
A mi generación le gusta etiquetarse y a la vez luchar contra las etiquetas,
tener una identidad apremia,
aunque sea a costa de tanta miseria.

Como dijo la poetisa:
Somos una generación tremendamente triste.
Somos una generación profundamente triste.
Estamos destinados a morir como ratas.

C
A
N
C
I
O
N
E
S

E
N

E
L

E
S
P
A
C
I
O

David Fernández Herrera

Generación Pandemia

Aprovechando
las noches de cielo despejado,
con un té,
me tumbo en el suelo de mi balcón
a mi perro abrazado.

Observo meticulosamente cada estrella
que desde aquí alcanzo a ver,
buscando un satélite
en su viaje cíclico
por el espacio.

A veces, me pregunto,
si este perro
también las estrellas podrá ver.

Ahora escucho un grito,
una exclamación,
risas,
la música en un coche.

En algún lugar cercano
el desconfinamiento ya ha empezado.

Tengo miedo
en mi apartamento oscuro
de treinta metros cuadrados.

¿ENCARCELADOS
O LIBERADOS
DE UN MUNDO
CRUEL?

Cristina Asenjo Martínez

Generación Pandemia

Somos almas en movimiento,
persiguiendo sueños distorsionados
por nuestro carácter abstinentes.

Nos infunden la idea de libertad,
Pero ¿qué es la libertad si no un reflejo de que también existe crueldad?:
Tan solo una profética creación de la mano de Occidente.

Respirábamos ilesos,
hasta que esta generación sin miedos,
conoció lo que esconde la realidad
de este mundo de perfección cadente.

Meses entre cuatro paredes,
vis a vis a través de pantallas,
cárceles de rejas virtuales.
Amor para jóvenes impacientes.

Aprendimos a invertir la gravedad,
a soñar con un mundo nuevo,
mirando por ventanas que sabían a soledad
y apuntaban a calles durmientes.

Y ahora sabemos un tercio de lo que es sufrir.
Tal vez hayamos ganado en conciencia
o tan solo sea una platónica apariencia
de lo que conlleva ser consecuente.

Yo ahora me pregunto qué es realmente libertad,
si conseguir huir,
o aprender a vivir
con tan solo imaginar.

L
O

Q
U
E

E
C
H
O

D
E

M
E
N
O
S

Victor Martínez Vila

Generación Pandemia

Ahora son lujos siderales
cosas tales como paseos nocturnos,
pasearse por los bares,
decir “hoy se sale” después del curro,

un pase de cine o de teatro por la tarde,
un concierto del artista de turno
entre chupitos de Jack Daniels,

encontrarte con rostros familiares
caminando por la calle,
un chocolate con churros
junto al verde de Liérganes,

una danza errática en el salón de baile,
discutir hasta el absurdo de gustos
cenando en un restaurante,

viajar a todos los lugares
que, en la lánguida rutina, planeasteis,
tantos planes que han quedado en pause...
O, quizá, un stand-by permanente. Quién sabe.

Ahora sólo resta preguntarse:
¿Cómo curarse ante tamaño desastre?
¿Quién nos diría que el futuro
sería tan oscuro e inestable?

Si los mandamases
son más lastre que solución,
y en las gacetas se lee
más propaganda que información,

¿cuál será nuestra distancia mínima
ante la cuestión?
¿cuál va a ser el gel que desinfecte
tanto dolor?
¿cuál va a ser la mascarilla
que esconda nuestra indecencia?
¿cuál es la vacuna para la demencia
y la sinrazón?

Qué se yo, pero, ya, como colofón,
2020, hemos aprendido la lección.
Aunque, tal vez, pensándolo mejor,
quizá echo en falta en ese verso
una interrogación.

**E
S
P
L
E
N
D
O
R

P
A
N
D
É
M
I
C
O**

Pablo Jorge Mazón Navarro

No huelo futuro,
dolor profundo.
Callejón oscuro,
muere el mundo.

Todos saldremos mejores,
hipocresía publicitaria,
corporativos y acciones,
estructura sectaria.

Humanidad sin faz,
esplendor pandémico,
sin guerra y sin paz,
sufrimiento endémico.

Promesas de salud,
Google acosa,
muertos sin ataúd,
funeral sin rosa.

Celda de hormigón,
libertad virtual,
autopista de neón,
conexión ritual.

La generacion reprochadora
asesina la esperanza,
su actitud derrochadora
destruyó nuestra balanza.

Depresiones inducidas
responsables de mi suerte,
creadores de suicidas
responsables de su muerte.

Esplendor pandémico,
malditos por el pasado,
dolor endémico,
el futuro fracasado.

A
L

B
O
R
D
E

D
E
L

P
R
E
C
I
P
I
C
I
O

Héctor Peña Manterola

Generación Pandemia

Suena Sirenas en la capital,
ya ha muerto la media noche,
nadie podrá velarla mañana,
mientras viaja el fúnebre coche.

Se queda pequeña la Gran Vía,
está cerrada la Puerta del Sol,
no hay mestizos en La Latina,
toca eclipse en Plaza Mayor.

El miedo llama a mi timbre,
y a las ocho salto por el balcón,
es humano sentir hambre,
de tus besos en mi colchón.

El mundo se derrumba ahí fuera,
y yo de pie, al borde del precipicio,
rezo a un Dios que no se entera,
buscando tu voz entre el bullicio.

**L
A

C
U
L
P
A**

Carolina Calleja Martínez

Estoy encerrada
entre estas cuatro paredes
que se me caen encima
cada vez más,
enciendo la televisión
y me culpan,
me señalan,
¿por qué a mí?

Tú has desaparecido,
yo miro el reloj,
son las tres de la madrugada,
no puedo dormir,
vuelvo a encender la televisión
y veo los números de hoy,
tú solo eres uno más
pero ¿por qué yo?

Mi calendario,
mientras tanto,
dice que este mes
tengo cinco trabajos que entregar
dos exámenes que hacer
y setecientas treinta horas que llorar,
y no puedo dejarme de preguntar
¿por qué yo?

Pasa el tiempo,
me arrastra con él,
dicen los periódicos que todo empeora
aunque yo sienta que no puede ir peor desde que no estás,
pero esta enfermedad no se va
y todos los días me hacen sentirme culpable,
porque, al parecer, salgo todos los días a beber
¿por qué yo?

Apago la tele,
me agoto de pensarte,
me muero de llorarte,
mientras el mundo se muere de otra cosa
y a mí me mata la culpa que me echan a diario en el televisor,
¿por qué a mí?
¿por qué yo?
¿acaso he decidido que te mueras por ser joven o ser yo?

**R
E
S
P
I
R
A**

Laura Magdaleno

Respira, ríe, canta, llora, baila.
Vive y que no te dé tiempo a recuperar el aliento.
Pero respira, que no se te olvide.
Llevas tanto tiempo infravalorando la libertad,
la felicidad,
los enfados propios de la adolescencia,
la frustración...
que ya ni te acuerdas de cómo era tu vida.
De cómo eras tú.
Y no te enfades, es normal,
Llevas ocho meses en una pandemia mundial.
Suenan a que se acaba el mundo,
y tú sientes que tu mundo solo acaba de empezar a formarse.
Contradictorio, lo sé.
Pero respira y no te quejes.
Has aprendido.
Has conocido.
A esa persona que cuando no le interesas, te fallará.
A ese amor de verano del que te enamorarás.
A esas tres personas que son de verdad.
Y ahora eres esa persona que, tras ocho meses,
necesita respirar.
Respira,
aunque lo hagas con una mascarilla,
respira.
Recuerda el primer día que te perdiste,
fijándote en cada detalle de aquel prado por el que siempre pasabas,
en un día soleado.

No tenías rumbo,
solo querías escapar.
Pero con una mascarilla
y mil pensamientos sobre el qué pasará.
Todo iba a mil por hora y,
un viernes trece,
todo cambió.
Pasaste a ser una adolescente normal,
a una bomba de relojería a punto de estallar.
Sentimiento de culpabilidad por no haber vivido más.
Por no haberles abrazado más.
Por no haber respirado más.

**C
U
A
R
E
N
T
E
N
A**

Edison Pacheco Vásquez

He desatendido mi barba
hasta su salvajería
por toda mi cara.
Me tentaba el espejo
frente a frente,
cara a cara,
«RÁ-PA-TE,
RÁ-PA-TE,
RÁ-PA-TE»

La peluquería... cerrada.
Las calles... intactas,
salvo por las miradas
que la pisaban.

El contacto (más real
y más cercano)
con la raza humana...
a las ocho de la noche.
Puertas,
balcones,
ventanas...
se abrían
para escuchar las (p)almas.

Cada uno en su casa
se hizo peluquero,
cocinero, repostero,
personal trainer, gamer...

Incluso zombie
en tardes de sofiing.
En tardes filosóficas
carentes.
Carentes de ritmo...

¿Desde cuándo todo
se ha vuelto domingo?

**P
R
I
M
A
V
E
R
A**

B^{ru}

Soy joven ¡y qué! me falta algo.
La impro de las noches, las horas del retraso.
Me sobra madurez; la de un toque de queda;
la de no ver una cara, sonreír, entera.

Nos robaron: primavera
y nos la enviaron por franquicia;
la que me cobra por llamar a la familia;
por la compra en casa, por el yoga en línea.

Nos quedamos en casita
casi, casi, casi dormiditas;
nos dividieron por acera
con la peli y la bandera.

Aprendimos, de los gestos: los emojis –su dictado–
y las llamadas con el vídeo, que reflejan el cuidado;
no olvidando jamás que estáis vosotros allá.
Que esto no es natural, que hay un bosque detrás.

Donde sin cuartada nos reunimos
a pesar del vaticinio
para poder vernos las caras
y contagiarse abrazadas.

Me niego a creer que esto durará mucho tiempo.
Somos tambor contra el decreto.
Gritaremos. O pagaremos.
Aunque sean sandeces. Aunque nos avergüence.

Aunque no sepamos bailar, queremos brindar.

No puedo aplaudir,
no puedo escupir,
no puedo salir,
no puedo dormir.

Se oyen trompetas en tu jardín,
quiero subir
y que nos preocupe más si nos pillan,
que llevar desnuda la barbilla.

No puedo rozar,
no puedo mirar,
no puedo ocultar,
no puedo besar.

Es difícil creer:
no nos dejan crecer.

**N
E
W**

**S
E
X**

Gian Kôsui

Tocaron sin palpar,
besaron sin rozar,
terminaron ese orgasmo
solo al ver el corazón rojo
como aquel amanecer.
Palabras que susurra el viento,
clavadas en mi pecho
como flechas de Cupido
que me hacen deslizar,
mano a pecho sin poder
acceder a tu cuerpo.

Ver el atardecer en tu cabello
sin poder acariciarlo,
lamiendo tu templo
sin tocar tus labios,
cantar al unísono
de las dos musas
que a Sisi hallaban
hermosa y pura.
Cayendo en dos cuerpos
cada una a su lado,
no entrelazaron sus dedos,
no besaron sus manos,
ellas se amaron
esa noche
más que nadie
junto al oscuro manto.

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

Carmen Díaz Figueroa

Pasan los días,
nos quedamos sin energías.
Crece la agonía.
Viendo las calles vacías,
añorando los niños cuando allí reían.

En el mismo barrio,
diferente ventana;
en la misma ciudad,
diferente cultura;
en el mismo país,
diferentes creencias;
en el mismo mundo,
con el mismo objetivo:
que esto acabe
y que la mayoría se salve.

Si al fin y al cabo somos personas
con las mismas condenas,
que por una vez en el siglo
a falta de cariño
nos apoyamos en el vecino.
Sustituyendo los abrazos y prejuicios
por aplausos de apoyo y esperanza.
Pensando en lo que no hicimos cuando pudimos,
y lo que haremos cuando podamos.

Ahora nos toca pensar
que a pesar de la desconfianza
te tienes que agarrar
en esa rama de esperanza

de que todo esto pasará,
aunque no haya una probanza de que esto será sin pesar.

Pasan los días en los que te ríes de los chistes,
se te pone la piel de gallina escuchando música,
te emocionas con una poesía o un mensaje de un familiar.
Aprendes a sentir.
Empiezas a pensar.
Y llegas a la conclusión de que quizás lo necesitabas para progresar.

**A
B
R
A
Z
O

R
O
T
O**

Xavier Vila

Un movimiento, una respiración,
o dos, o treinta, espacio compartido,
corazones latiendo, rostros entrecruzados, conexión en la mirada,
fuerza, vergüenza,
ira, ira, ira.

Afluentes de caras que se precipitan entre el milímetro que separan las dos almas.
Y al final, lo que una vez estuvo embalsamado se divide de nuevo
con otra respiración, o ciento cincuenta y siete, y la conexión termina;
como al cortar
el cordón umbilical de un recién nacido.

Así fue, ¿hasta cuándo?

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

Yegor Antonio Radchenko Villacrés

La luz se cuela por mi ventana,
el intenso calor la acompaña.
Y lo que oigo fuera de ella...
Silencio. Silencio en la mañana.

Los gritos y risas de los niños,
aquellos que todo el día jugaban,
se han ido, evaporado, desvanecido...
como las voces de tantos que han sido apagadas.

El vacío sonoro reina en las calles,
vacío a veces roto por una esporádica sirena.
Lo único que oigo es la naturaleza.
Sus tonos propios, sus ritmos, su sutileza...

Soy prisionero, prisionero en mi hogar,
prisionero encerrado con su familia,
prisionero temeroso a la corona que domina,
con miedo al qué pasará cuando llegue la libertad.

El tiempo ha dejado de tener sentido.
A veces es veloz y corto como un relámpago
a veces rígido e inmóvil como una estatua.
La inquietud me ahoga, me siento perdido.

Una notificación aparece brillante en la pantalla.
Mi ama sobre la que se sustentan mis días llama.
¿Una tarea? ¿Un mensaje? ¿Una llamada?
He de responder, pues soy esclavo de la nombrada.

Todo aquello que componía mi vida,
reducido a una simple ventana digital.
Una ventana que me permite ver el mundo,
el mundo por el que ahora no puedo pasear.

El ordenador es mi intermediario,
intermediario entre todo y yo.
Todo gira en torno a él, sin excepción.
Pero en el caos hallé yo un salvador.

Páginas llenas con la tinta de algún autor,
un río de palabras sin fin formando una salida.
La lectura consigue sacar al preso de su prisión,
llevándome a un mundo con refrescante brisa.

Mi salvador, pues me libera de mi agonía.
Mi mentor, pues me enseña de la vida valores.
Jamás se debe subestimar el poder de las palabras,
pues pueden cambiar vidas y corazones...

**N
O

P
U
E
D
O

R
E
S
P
I
R
A
R**



No. Puedo. Respirar.
Me ignoran. Me hacen caso omiso. Me mandan a casa.
Vuelvo.
Me vuelven a mandar a casa. Una. Y. Otra. Vez.
Pero...
No. Puedo. Respirar.

Puede ser ansiedad, me dicen.
Mujer + joven + pandemia = ansiedad.
No ven los signos. No ven lo que está delante de sus ojos.
No ven la realidad.

Vuelvo a casa.
Paso los días entre el sofá y la cama. Cada vez peor.
No. Puedo. Respirar.

Una amiga, enfermera, no quiere que vaya a la cama.
Igual no me despierto.
Pero no puedo volver a hospital.
No me ven. No me hacen caso.
Pero...
No. Puedo. Respirar.

No vuelvo al hospital.
Sigo sufriendo en casa.
Sola. Sin ayuda. Sin apoyo.
No. Puedo. Respirar.

Por fin, semanas después...
Puedo respirar mejor.
Voy a sobrevivir.
Sobrevivo unos trombos en los pulmones.
No diagnosticados. No tratados.
Todo el rato, diciendo
No. Puedo. Respirar.
Y no me oían.

**G
E
N
E
R
A
C
I
Ó
N

P
A
N
D
E
M
I
A**

Sara More Carrera

Somos la generación que creció entre crisis y precariedad,
entre recortes en educación y sanidad.

La juventud enfrentada a este abismo existencial,
los guerreros que luchan por los derechos humanos
antes de asegurarse siquiera un futuro laboral.

Las mentes que estudiaron en plena pandemia,
que alumbraron cientos de versos sin piedad.

Hoy soñamos con una cura para este virus,
para esta hambrienta sociedad.

Hoy dibujamos un camino
hacia un mundo más justo,
donde se garantice la justicia,
donde sólo reine la equidad.

Hoy reivindicamos la pluma,
escribimos en pos de la libertad.

Hoy renunciamos al contacto,
a los besos,

para proteger a nuestros hermanos en riesgo,

a nuestros vecinos y abuelos,

al trabajador que madruga,

al rider, al médico, al fontanero,

al profesor de la universidad.

Hoy ponemos con firmeza los pilares

que alumbrarán un mundo nuevo en el futuro,

que harán de nosotros la generación de la pandemia

que construyó un horizonte más amplio,

haciendo un frente unido

de la lucha contra una enfermedad.

**I
N
F
E
L
I
Z

N
A
V
I
D
A
D**

Mario Fernández Gómez

En estas fechas se aproxima la Navidad.
Una Navidad que no va a ser normal.
Porque este año alguien en la mesa importante nos va a faltar
y ese hueco imposible va a ser de rellenar.

Estas Navidades para nada traerán felicidad,
sino que nos acordaremos de los que ya no están.
Los muchachos este año sin cotillón se quedarán.
Con sus padres toda la noche tendrán que pasar.
Algo positivo que podemos sacar.
Aunque a nuestra familia no podremos visitar.
Pero las reglas debemos acatar.

El fin de año se comienza a aproximar.
Este año de caos y tristeza dejaremos atrás,
y un nuevo año con más ilusión debemos de afrontar.
Esta pandemia esperemos que nos comience a abandonar
y poder volver a la normalidad.
Siempre tenemos que tener en mente los que dejamos atrás
y los que sin casa ni comida por esto se acaban de quedar.
Como sociedad deberíamos comenzar a mejorar
y dejar atrás toda nuestra individualidad.
Porque solo apoyando a nuestro igual,
es como pondremos a esta crisis un punto y final.

ÍNDICE

EL RECODO

Irene Zamora Martínez

— 07 —

CARTA A TRAVÉS DE ...

Paula Desiré Valdor

— 10 —

EL SILENCIO DE ...

Héctor Peña Manterola

— 16 —

ON THE ROCKS

Álvaro Basanta Cadavid

— 20 —

LA GENERACIÓN DE ...

Rocío Solares Laínez

— 27 —

UNA FAMILIA ...

María Isabel Coz Salceda

— 32 —

EL TIEMPO Y TÚ

Celia Fernández Pérez

— 37 —

EL ALARMISMO

Ricardo Garán Fontecha

— 42 —

¿QUÉ QUIERES CONTAR?

Alicia Abascal Astobiza

— 46 —

ETAPAS Y A VOLAR

Raquel Alvarado Fernández

— 49 —

PIDE UN DESEO

Loreto Marín Laria

— 51 —

CIERRA LOS OJOS Y ...

Alexia Flor Lorenzo

— 56 —

QUÉ PODRÍA SALIR MAL

María Blanca Carrera Pereda

— 62 —

Laura Olea López

— 69 —

CUANDO SE FUNDA ...

Diego Galván Santamaría

— 71 —

PANDEMIA

Lorena Ngongang Ngongang

— 74 —

GENERACIÓN PANDEMIA

Sharon Cabanu

— 79 —

MUERTE POR ...

Cristina Villy

— 84 —

Almudena Medina Samamé

— 86 —

EL HASTÍO

Cristina Somavilla Rey

— 91 —

LA JUVENTUD TAMBIÉN...

Catherine Aja Casillas

— 94 —

| | | |
|------------------------------|--------------------------------|-----------------------------------|
| --- | PEGADO AL SUELO | LLUVIA |
| Deva Escobedo González | Jone Pagalday Altuna | Héctor Peña Manterola |
| — 98 — | — 100 — | — 102 — |
| --- | A UN CLICK DE ... | GENERACIÓN PANDEMIA |
| Alba Bermejo del Río | Rocío A. Gómez Sustacha | Yegor Antonio Radchenko Villacrés |
| — 104 — | — 106 — | — 108 — |
| UN DÍA MÁS | LUCES DE MOTEL | EL CIELO DE... |
| Lorena Santamaría San Miguel | Diego Galván Santamaría | María Magdalena Martínez Llaría |
| — 110 — | — 112 — | — 114 — |
| NUEVA NORMALIDAD | JUICIO PROPIO | SIN QUERER LLEGÓ... |
| Alicia Abascal Astobiza | Carlota Sánchez Reventún | Marta María García Escapa |
| — 116 — | — 118 — | — 120 — |
| --- | LA BATALLA SIN FIN | AIRE EN LA PANDEMIA |
| Ghenadi Avricenco | Ana Belén Salido Medina | Paula Martín Soler |
| — 122 — | — 124 — | — 126 — |
| --- | ÍDEM | PERLAS EN EL OCÉANO ... |
| Cristina Grande García | Íñigo Cobo Iniesta | Ricardo García Fontecha |
| — 128 — | — 130 — | — 132 — |
| --- | FRÍO, AJETREO, ANSIEDAD | PAREDES BLANCAS |
| Almudena Medina Somamé | Jennifer Conde Rojo | María García Bautista |
| — 134 — | — 136 — | — 138 — |
| DESPIERTA | PROTECCIÓN TOTAL | MATABUELAS |
| Cristina Ramírez Quevedo | Cristina Villy | Bru |
| — 140 — | — 142 — | — 144 — |

COMO SAL DE LA TIERRA

Miguel Collantes Rodríguez

— 147 —

EL DESTROZO DE ...

Elena Ramírez López

— 150 —

MANOS

Lidia Ruiz Revilla

— 153 —

SUEÑOS DE ESCAPISTA

Abril Catalina Beascochea

— 155 —

27 AÑOS EN STANDBY

Aurora Díaz Obregón

— 158 —

OSA MAYOR

David Pérez López

— 161 —

ANTES

Alicia Abascal Astobiza

— 164 —

ATARDECERES Y ...

Álvaro Toca Ote

— 167 —

SEGUNDA OLA

Raquel Alvarado Fernández

— 170 —

PORQUE ALGUIEN TIENE...

Lorena Champy

— 172 —

NOSTALGIA

Pedro Miguel Trula

— 174 —

GENERACIÓN PANDEMIA

José David Pérez Sánchez "Canelita"

— 176 —

CANCIONES EN EL ESPACIO

David Fernández Herrera

— 179 —

¿ENCARCELADOS O...

Cristina Asenjo Martínez

— 181 —

LO QUE ECHO DE MENOS

Víctor Martínez Vila

— 183 —

ESPLENDOR PANDÉMICO

Pablo Jorge Mazón Navarro

— 186 —

AL BORDE DEL PRECIPICIO

Héctor Peña Manterola

— 189 —

LA CULPA

Carolina Calleja Martínez

— 191 —

RESPIRA

Laura Magdaleno

— 194 —

CUARENTENA

Edison Pacheco Vásquez

— 197 —

PRIMAVERA

Bru

— 200 —

NEW SEX

Gian Kósui

— 203 —

GENERACIÓN PANDEMIA

Carmen Díaz Higuera

— 205 —

ABRAZO ROTO

Xavier Vila

— 208 —

GENERACIÓN PANDEMIA

Yegor Antonio Radchenko Villacrés

— 210 —

NO PUEDO RESPIRAR

— 213 —

GENERACIÓN PANDEMIA

Sara Moro Carrera

— 216 —

INFELIZ NAVIDAD

Mario Fernández Gómez

— 218 —

Estamos viviendo tiempos difíciles que están alterando muchos aspectos centrales de la condición juvenil: las formas de relacionarse, divertirse, estudiar, convivir... se ven condicionadas por la pandemia que le ha tocado vivir a esta juventud del S. XXI. De ahí, el nombre de este proyecto Generación Pandemia, así como de este libro colectivo.

Desde el Espacio Joven del Ayuntamiento de Santander, hemos creado un espacio narrativo, donde los jóvenes puedan expresarse y hacerse oír, de modo que su voz y sus inquietudes no se queden “apagadas” bajo la crisis sanitaria. Y, también, porque creemos que al miedo y a la incertidumbre se les puede combatir con creatividad, arte, espíritu crítico y con el binomio amor/humor.

Generación Pandemia cuenta en este formato físico con un total de cuarenta y cinco textos inéditos repartidos en tres modalidades: quince relatos breves, quince microrrelatos y quince poemas, todos ellos escritos por jóvenes de la ciudad de Santander de entre 14 y 35 años.

